

EL MOTÍN



Año XXXIII.-Madrid, Jueves 4 Septiembre 1913.-Número 36.

REDACTOR:
Rivadavia, 1180
BUENOS AIRES

Pepe y D. José

El miércoles último, yo, D. José, me encontré frente á frente con él, con Pepe, en la Biblioteca Nacional.

Nunca había entrado en el actual edificio: me faltó siempre tiempo para saborear ese placer excesivamente voluptuoso y enervante.

Pero tuve necesidad de hojear personalmente varios periódicos de los tiempos revolucionarios para preparar un Almanaque, que quizás llame un poco la atención por la novedad de la traza, y á la Biblioteca me fui, acompañado de Pey Ordeix, casi vecindado en ella.

El primer periódico que pedí fué *Jeremías*, de Martínez Villergas, en el que, cuando todos me llamaban Pepe, comencé á escribir en Octubre de 1868 bajo el pseudónimo *Un soldado* (entonces lo era.)

Al tomar el tomo en las manos, dudé entre si abrirlo ó no. ¿No podría tropezar con algo escrito entonces por él, por Pepe, que no me agradase ahora á mí, D. José? ¡Se varía tanto con los años!

Estuve perplejo un instante, á pesar de que me consumía la impaciencia, y...

¿No os ha ocurrido alguna vez, al ir anhelante á ver una persona amada, deteneros en el dintel de su puerta, como queriendo prolongar la dulce sensación de aquella tan ansiada entrevista? Pues algo de esto me ocurrió.

Vencí al cabo mi vacilación; abrí el tomo por la plana 1.^a del primer número de 1869, (el año 1868 falta en la Biblioteca) y sentí una emoción profunda al ver la cabeza del periódico, el tipo de letra, la caricatura y el orden de confección. Lo recordaba como si lo hubiese visto el día antes. Y me sentí por un instante descargado del peso de cuarenta y cinco años, que ya es abrumador. Quien tiene los míos lo sabe.

Con mano temblorosa comencé á hojear al azar el tomo, y ¡oh Providencia, nombre aristocrático de la casualidad!, á poco me encontré con un romance, firmado por *Un soldado*, es decir, por Pepe, en la página 2.^a del número correspondiente al 9 de Mayo de 1869, alusivo á las funciones de desagravios que los católicos estaban celebrando á pretexto de la frase pronunciada por Suñer y Capdevila en el Congreso, de que tenía declarada guerra á Dios, á la tisis y á los reyes.

El romance es este:

La mina

Poder que buscas dinero
y que dinero no encuentras;

¿quieres salvar al país
de la crisis financiera.
y hacer que el oro y la plata
que se han perdido parezcan?
Echa á Figuerola, y nombra
á un neo ministro de Hacienda.

No hay gente con más talento
para buscar las monedas:
explotan el sol, las nubes,
el granizo, las centellas;
el tiempo bueno y el malo;
el incendio, la epidemia;
la guerra cuando no hay paz
y la paz cuando no hay guerra;
la vanidad, el orgullo,
el amor y la belleza;
la fe, la superstición;
la ignorancia, la conciencia;
todas las pasiones malas,
todas las pasiones buenas;
todo lo que hay en el cielo,
todo lo que hay en la tierra.

Ahora han hallado una mina
de incalculable riqueza,
y que ni el demonio mismo
hubiera dado con ella.
Para explotar el filón
no tienen más herramientas
que sufragios, letanías,
sermones, misas, novenas...
En cuanto acabó Suñer
de lanzar la frase aquella,
dijeron: «Aquí hay negocio»,
y empezaron su faena.

«¡Ay, Suñer! Para esa gente
vales más oro que pesas:
tus palabras son dinero
y dinero tus creencias;
tú sabes hablar en plata
con una boca de perlas.
Si en vez de ocho ó diez minutos,
hablas tan sólo hora y media,
sale el oro que aún esconde
en sus entrañas la tierra.

¡Ay, Suñer! ¡Qué voz tan rica
te dió la naturaleza!
Estoy seguro que hay neo
que con tus palabras sueña,
y que entre sueños pregunta
si ha salido la *Gaceta*
para saber si en las Cortes
has alentado siquiera,
y tener nuevo pretexto
de pedir monedas nuevas.
Por más que en público digan
que tu exterminio desean,
puedes afirmar que á solas
á Dios por tu vida ruegan.

Ahora, Poder, que ya sabes
cómo el dinero se encuentra,
echa á Figuerola, y nombra
á un neo ministro de Hacienda.
Pero antes dicta una Ley
que diga de esta manera:
«Todo el que robe ó estafe
irá á cadena perpetua.»

Terminé de leer esos versos con indescriptible regocijo: no por encontrarlos literarios (¡hubiera sido un colmo!), sino porque me confirmaron en lo que apenas si recordaba ya: que Pepe había comenzado á escribir de idéntica manera que acabará D. José. Y, por lo tanto, que ni yo puedo echarle á él en cara que me orientase por mal camino, ni él quejarse de que yo no lo haya seguido.

El es, pues, digno de mí, como yo de él, y podemos tendernos orgullosamente la mano por encima de la gran cloaca rellena durante los últimos cuarenta y cinco años con apostasías, traiciones, compra-venta de conciencias, prostituciones del espíritu, abdicación de ideales, etcétera, etc.

Si, pasé un buen rato hojear los dos tomos de *Jeremías* que hay en la Biblioteca, y tropezando á menudo con aquel simpático pseudónimo que me traía un mundo de recuerdos y de esperanzas; recuerdos que se habían ido desvaneciendo en el trajín constante de una vida ruda, y esperanzas que se han ido aminorando lentamente sin desaparecer del todo. Hubo momentos en que sentí la sensación que inspiran estos versos, archivados en mi memoria mucho antes de que pensase en escribir para el público:

¡Cuánto al cansado espíritu
y al corazón humano
cruzar es grato el piélago
del tiempo ya lejano,
y en el hogar antiguo
con el ausente amigo,
membrar en dulce plática
la dicha que pasó!

Al salir de la Biblioteca tomé el tranvía en la plaza de Colón, y díme á pensar en la labor realizada durante los cuarenta y cinco años transcurridos desde que aquel Pepe (hace ya tiempo D. José) entraba por la puerta de San Vicente en Madrid, soñando con alcanzar un nombre entre los que luchaban por la libertad.

Y me preguntaba, si no apesadado, entristecido:

«¿Y cuáles han sido los resultados de esa labor con tanta fe realizada y con tanto sacrificio sostenida? ¿Que has conseguido con tu duro y nunca interrumpido batallar contra todo lo injustamente establecido y todo lo indebidamente con-

sagrado? Los dos empeños primordiales de tu vida, el de combatir al clericalismo, en el que viste desde 1868 la prostitución y la ruina de España; y el de procurar desde 1881 unir á los republicanos, sin lo cual jamás vendrá la República ni se sostendría si por azar viniese, ¿no han ido ambos de fracaso en fracaso hasta llegar á la situación vergonzosa de que el clericalismo esté cada día más potente y dominador en España, y el republicanismo cada hora más impotente y dominado?...

Aquí llegaba en mis preguntas, cuando sonó el timbre de parada frente á mi casa y me bajé del tranvía; cogí la pluma para emborronar unas cuartillas que me pedían á toda prisa en la imprenta, y aún no he tenido tiempo de formularme más preguntas, ni satisfacer ni una siquiera de aquellas respuestas. Si en la semana próxima tengo un rato de vagar, lo haré.

Con que ya lo saben ustedes. He disfrutado el miércoles un rato muy agradable en la Biblioteca, viendo que D. José piensa en 1813 exactamente lo mismo que pensaba Pepe en 1868.

Si él estaba equivocado entonces, equivocado estoy yo ahora. Y si yo estoy en lo cierto ahora, en lo cierto estaba él entonces.

En cualquiera de los dos casos, yo me siento orgulloso de haber podido á estas alturas escribir estos renglones.

Si ahora no, ¿cuándo?

Con motivo de la muerte de Sol y Ortega, hubo un momento en que la sinceridad movió las lenguas y las plumas republicanas, y al elogiar al muerto expresaron la poca confianza que inspiran los vivos. La mayor parte de las alabanzas á Sol resultaron censuras tremendas para los jefes del partido.

Parecía natural que, después de esa confesión, viniera el propósito de la enmienda. Pero nada: todo sigue igual. Ni una voz ha resonado en demanda de una rectificación de conducta.

Y, sin embargo, la ocasión no podía ser más propicia. Y lo es aún.

Propicia, para que los republicanos no contagiados por el fetichismo se organicen por provincias, como tantas veces he indicado, á fin de acabar con las dos Arrendatarias de la revolución: el lerrouxismo y la Conjunción: con el primero, por ser el perpetuador de la idolatría personal que tantos males ha causado al republicanismo; con la segunda, por no haber hecho cuanto ha podido por poner en práctica el que bien pudiéramos llamar principal punto de su programa: impedir la guerra.

Dicen las dos, para justificar su persistencia en continuar organizadas, que cada una se basta para impedir la vuelta de Maura al poder.

¿Cómo y con qué? Si se reconoce que no tenemos ni un fusil ni un cartucho; si los socios de cada Arrendataria se odian

y se tiran constantemente al degüello; si no contamos ya con las simpatías que antes teníamos en el Ejército; si la opinión cada día nos es más hostil; si el nombre de republicano no es ya garantía de rada; si somos casi un recuerdo, en lugar de una esperanza; si carecemos de valor para redimirnos á nosotros mismos de las pasiones que nos enervan y nos deshonoran, ¿quién va á creer que, llegado el caso, íbamos á convertirnos, por arte de magia, de egoístas en abnegados, de vociferadores en hombres de acción, de acomodaticios en rebeldes?

Además, ¿es acaso la misión del partido republicano impedir que éste ó aquél partido monárquico gobierne, ó lo es el procurar que la Monarquía desaparezca? Si es lo primero, doblemos la rodilla ante Melquíades Álvarez, por haberse pasado á la Monarquía para hacer con más desembarazo esa política; si es lo segundo, deseemos, pidamos y facilitemos la vuelta de Maura al poder. ¿No aseguramos que ella determinará inmediatamente la revolución? ¿Pues por qué no procurarla? ¿O es que lo decimos sin creerlo, ó que nos asusta su vuelta?

Y ahora que toco este extremo, he de insistir en otra idea, más de una vez por mí expresada.

Yo no dudo, yo no debo dudar de que los republicanos de altura que han ofrecido oponerse personalmente á la vuelta de Maura, hagan honor á su palabra. Si pregunto:

¿Para qué ese sacrificio, si estando como ellos mismos dicen que estamos sería completamente estéril, aun cuando resultara admirable como ejemplo? ¿Por qué no proceder desde ahora á una organización verdad, que nos ponga en condiciones dentro de un plazo más ó menos largo (que siempre sería corto comparado con los veintisiete años que llevamos sin exteriorizar un movimiento) de intentar el esfuerzo supremo, mandasen los liberales ó mandasen los conservadores?

Piensen en ello todos los que no piensan exclusivamente en sí propios al pensar en la venida de la República, y pongan manos á la obra, realizando así dos altos fines:

El primero, hacer que el partido recobre poco á poco su perdido prestigio, para prepararse á la acción.

Y el segundo, evitar que acabemos de ponernos en ridículo si viene Maura, y nada hacemos. O que ocurra algo peor; que por quedar bien al final de la comedia revolucionaria que vienen representando, los primeros actores lanzasen al Pueblo á una aventura para la cual no lo han preparado.

Evitemos ese ridículo, tanto como de exponer al Pueblo desarmado y desorganizado á un fracaso. Sería muy funesto, aunque el acto resultase heroico.

Los que pudimos permanecer inactivos ante la catástrofe colonial; los que derrochamos tanta prudencia cuando la semana trágica; los que no hicimos lo que hablamos ofrecido para impedir la

reanudación de la guerra; los que no nos atrevemos á combatir el clericalismo con el vigor y la constancia á que estamos obligados, creo que bien podemos, sin contradecirnos, renunciar á la gloria de ceñirnos el laurel de los héroes si la Corona cometiese la torpeza de llamar nuevamente á Maura al poder. ¿Acaso los generales expertos dan la batalla en el sitio y la hora que el enemigo elige, ó cuando él tiene sus fuerzas bien distribuidas y acondicionadas?

Dejémonos ya, correligionarios, de amenazas nunca cumplidas, y de bravuconerías jamás justificadas, y organicémoslos cuanto antes en forma adecuada para presentar cuando nos convenga la batalla á la Monarquía, y que no es otra que la que he indicado, ya que las demás las hemos ensayado todas.

¿No lo hacemos? Persistimos en mantener las actuales organizaciones con jefes inamovibles é irresponsables que han limitado sus aspiraciones á ayudar á unos monárquicos contra otros?

Pues sigan los vivas, las apoteosis, los banquetes, las músicas, las meriendas, los vinos de honor, los desplantes y las amenazas, mientras el socialismo crece, el carlismo nos asesina correligionarios, el clericalismo nos estrecha el cerco, y la guerra devora la juventud española y las últimas migajas de nuestro crédito.

E interrumpamos tan isofónicas, aun que agradables ocupaciones, únicamente para leer, entre indignados y avergonzados, los depresivos juicios que sobre nuestra suicida conducta formula la opinión: indignados, por no poder rebatirlor; avergonzados, por merecerlos.

Vanidad humillada

A la entrada de Mondoñedo ha ocurrido un grave accidente.

El automóvil en que iba de Santiago el obispo de la diócesis, volcó á consecuencia de la rotura de un neumático.

El prelado; su familiar, D. José Penellas Cortés; el profesor del seminario, D. Nicanor Valdés y el *chauffeur* quedaron bajo el coche.

Inmediatamente acudieron en su auxilio varias personas que presenciaron la desgracia.

El obispo sufrió heridas leves. El Sr. Valdés resultó muerto, y con heridas graves el familiar Sr. Penellas.

El *chauffeur* está ileso.

Lei la anterior noticia y pensé:

¡Un hombre muerto y otro con heridas graves, por haberse apartado ese obispo del camino de la Humildad para tomar el de la Soberbia! ¡Por haber sustituido la burra de la entrada en Jerusalén, por la máquina diabólica que, cuando no mata al que pasa, destroza al que conduce!

¡Un obispo devorando el espacio, cuando debería ir á pie y á paso lento, para pararse á cada instante á levantar al cal-

do, á curar al enfermo, á dar de beber al sediento, á consolar al triste, á estrechar contra su pecho al niño abandonado, á consolar la vinda fligida, á secar las lágrimas del que llora, á besar la frente del que muere, á bendecir al que ma'dice!

Si ese obispo ha pensado en esto, y en que por culpa suya puede sufrir las penas eternas un hombre que ha muerto sin confesión, y en que otro, si no muere, puede quedar lisiado, sin que él esté asistido de la gracia suficiente para incorporarlo con un «¡levántate y anda!»...

¡Compaezco sinceramente á ese obispo! Deben ser muy tristes sus horas desde aquella en que ocurrió el horrible accidente.

Al despertar, después de un sueño agitado, y prosternarse ante el crucifijo colgado á la cabecera de su cama, ¡con cuánta angustia le pedirá que le perdone el rasgo de vanidad insensata que tuvo, al emplear en un automovil parte del tesoro que pertenecía á la viuda y al huérfano!

Al decir la misa y llegar el momento de la consagración, ¡que conturbación tan honda la de su espíritu, si al beberse la sangre de Cristo surge ante sus ojos aterrados aquella otra sangre sorbida por la tierra del camino, salpicando su episcopal vestidura!

Y al realizar cualquier otro acto de su ministerio en que tenga que condenar el orgullo, recomendar el desprecio á las pompas mundanas, presentar como ejemplo la humildad de Cristo, ¡qué empapadas de lágrimas subirán las palabras de su corazón á sus labios, qué fatigosos balbuceos para emitirlas, qué vacilaciones para acentuarlas!...

¡Pobre obispo!... ¡Pobre obispo!... ¡Tristes, muy tristes transcurrirán los días que le restan!... Mas puede, si no endulzarlos, hacer que le sean menos amargos.

No alzándolos al Cielo, si no fijándolos en la tierra. Buscando al hambriento en su tugurio, al enfermo en su camastro, al desvalido en su soledad; deteniéndose ante el niño que llora extenuado, ante la madre sémica, ante el anciano desnudo; ante el obrero que blasfema; ante todos los que han hambre de pan y de justicia.

Haciendo esto, que acaso nunca hizo, aunque debió siempre hacerlo, calmará los dolores de la horrible herida que en su conciencia haya abierto esa espantosa catástrofe; y en cabeza, reclinada sobre la almohada del bien prodigado, volverá á reposar algo más tranquila; y sus ojos á cerrarse dulcemente al recordar las desventuras remediadas por su mano.

Y créame ese obispo: si no busca la tranquilidad por ese camino, no la hallará por ninguno: ni siquiera por el del rezo ni la plegaria.

JOSÉ NAKENS

Anillo perdido

Al ir hacia la estación para dirigirse á Francia, el obispo de Méjico, que ha esta-

do unos días en Barcelona, perdió el anillo.

No entiendo cómo pudo ser eso. El dice que, creyendo que tenía bolsillo en la sotana, fué á guardárselo y se le caerla al suelo.

Yo creía que los obispos no se quitaban nunca del dedo el anillo, que según creo tener entendido, es el arra que da la esposa Iglesia al esposo obispo en el acto de la boda pontifical. Mas por lo visto, estaba equivocado.

El que un anillo se pierda quitándose del dedo, es un incidente muy común y explicable. Lo que ya no se explica, es esto: Cómo, siendo obispo el perdidoso, ha acudido á la policía para ver si parece, y no á San Antonio, especialista en hallar las cosas perdidas, desde tiempo inmemorial.

Esto me recuerda á los boticarios que viven de vender medicinas infalibles, y cuando están enfermos no toman ninguna.

Desco de todo corazón que el anillo no parezca, ya que dicen que es una verdadera joya, y que lo haya encontrado un huelguista con cuatro ó cinco hijos, para que siquiera un día en su vida esté a punto de creer que hay Providencia.

DE BIBLIOTECAS Y ARCHIVOS

Vamos á abrir una curiosa campaña acerca de estos centros llamados Bibliotecas, Archivos y Museos, que viven dañados en no pequeña parte de las enfermedades constitucionales, adquiridas en el momento de ser concebidos... y no decimos de ser dadas á luz, porque, hablando con el debido respeto, están todavía á medio camino del alumbramiento.

Parece ser que el pueblo liberal aguarda á invadir esos castillos, á «después de la gran revolución», que, dicho sea de paso, nos va á traer en sus alforjas de un día á otro el caballo de Santiago, para justificar el sueldo de que disfruta en los presupuestos del Estado.

Y mientras todo se deja para después de aquella venturosa fecha, esperada como el día de la «resurrección de la carne» de los indios, el clericalismo va reconquistando y encastillándose y fortificándose en esos baluartes, á fin de continuar «la historia oficial de España», ó sea la historia escrita de Real orden y bajo la censura de la Santa Inquisición, lo cual, de tal guisa redactada y aspergeada, pone á España ante las Naciones, hecho el espatrio y feudo del diablo del Mediodía, y al pueblo español nos deja el papel de tribu de esclavos bailando el zapateado bajo el látigo de los austriacos y Borbones, y bajo el cayado del obispo de Roma.

Tal es nuestra historia real y pontificia. Para que no pueda ser corregida ni desmentida, los sabios y pródigos reyes crearon estos centros de Historia y de Ciencia llamados Bibliotecas y Archivos, en donde se acumularon todos los devocionarios, novenarios, catecismos, teologías, vidas de santos, supercherías, milagrosas, gazmoñerías y demás fárrago de ideas embrutecedoras.

El criterio que presidió á la organización de estos centros, lo hallamos expuesto en

el Real Decreto de Felipe V, de 2 Enero de 1766 creando la Biblioteca Real del Palacio de Madrid, nutrida con los ejemplares sacados á viva fuerza de los impresores y autores, y subvencionada por contribución de la nación «signada» en la renta de tabacos y naipes». Y si bien el título de la ley hablaba de «Real Biblioteca pública», ni era pública, ni era Biblioteca, ni era Real: sino que era «sacramental», y propiamente un confesonario. ó una ramificación del confesonario, de la manera siguiente: «El Director general—decía el Rey—ha de ser mi confesor y el que fuere eu adelante»; él era el autor «de las Constituciones aprobadas por el Rey (cédula de Carlos III de 11 Diciembre de 1761), las cuales constituciones, modelo de sabiduría, prohíben entre otras cosas, «entrar con gorro, cofia, pelo atado, embozo ó traje indecente ó sospechoso, ni mujer alguna en días y horas de estudios».

De esta manera resultaba una Biblioteca «para hombres solos» y además, penitentes de confesión, doloridos y contritos, que iban allí á aprender los consejos del Padre Confesor.

Si de la Biblioteca Real vamos á la Academia de la Historia, tendremos descubierto ese espíritu en el párrafo 9 de la Real cédula de 17 de Junio de 1738: «Todos y cada uno de los académicos, han de jurar primero la defensa del Misterio de la Purísima Concepción de María Santísima, la observancia de los Estatutos y el secreto en todo lo que se tratase y dispusiera en la Academia.» De modo y manera que el hecho histórico fundamental, capital y esencial, base de esta Academia, es la Concepción de María Santísima, hecho histórico, como se ve, muy adecuado para acreditar la *fe historiográfica* de un suceso de tal índole.

Para que los Misterios históricos quedesen en el Misterio, los académicos se ejercitaban en el secreto, de donde nace la historia pública, y la Historia impenetrable.

Es verdad que en el artículo primero se había dicho que la Academia se erigía principalmente al cultivo de la Historia, para unificar y limpiar la de nuestra España de las fábulas que la deslucen» para lo cual la primera empresa había de ser «la formación de unos completos anales, de cuyo ajustado y copioso índice se forme un Diccionario Histórico Crítico nacional de España.» Para tales empresas es indudable que no había mejor principio de Crítica y de Historia universal, que el hecho aquel de aquella noche en que San Joaquín hizo madre á su mujer Santa Ana, sin mancha de pecado ni estímulo de lujuria: de cuya certeza fisiológica y de cuya operación mecánica, nos dan fe y testimonio de verdad los ilustres Académicos.

En el Diccionario Histórico crítico, «trabajarán—dice el soberano—generalmente todos los individuos de la academia»; y como quiera que desde 1738 al año de gracia de 1913 van 175 años, ¡vaya una obra de colosos la que va á salir de allí! Porque están todavía por terminar, y ambas obras son tan preciosas, delicadas y resguardadas de la mirada pública y del polvo de las calles, que juro por mi cabeza no haberlas visto en parte alguna del mundo, sino en alguno que otro fragmento. Y en cuanto al Diccionario Histórico crítico, de tanto mérito debe ser y tan atinado y fiel en sus juicios, que no se le ha permitido la entrada en el *Archivo Histórico Nacional*.

Si de esta empresa da esta Real Academia de la Historia, ó Academia de la Historia Real, ó Historia Real de la Academia, vamos á la segunda empresa que le fué cometida por Carlos IV en cédula de 6 de Julio de 1803, de investigar, descubrir, inventariar, vigilar y defender las antigüedades, ayudándose de los arzobispos, cabildos etc., y de los Magistrados seculares; si quiere el lector saber los puntos de celo, fidelidad y competencia de la corporación en esto, no tiene que hacer sino darse una vuelta por los museos extranjeros, donde hallará desde la Corona del Rey Rechevinto, hallada en Toledo, hasta el cráneo de los dolmenes de la Rioja.

Y aún podrá observar los oídos de merceder que parece prestar la Academia á las denuncias y quejas á diario hechas sobre ventas y desaparición de objetos, comenzando por la espada de Jaime el Conquistador desaparecida de la catedral de Valencia y acabando por el título ó nombramiento del Gran Capitán, que hace poco estaba en venta en un escaparate de nuestra villa y corte suponemos que con asenso y conformidad de los trescientos duques marqueses, condes y vizcondes descendientes de aquel Gonzalo de Córdoba que, de haber pasado por la calle en tales días, habría vuelto contra los herederos de sus millones y de su prestigio, la temible espada de sus iras, ó el vómito de sus arcos.

Si nuestros reyes anduvieron acertados en el rotulaje de estas academias y en el buen ojo de elegir sus individuos, coronaron su obra al buscar rótulo y patrona para la Academia de Leyes y Derecho Público. ¡Oh, con cuánta sabiduría y socarronería la pusieron bajo la advocación de Santa Bárbara bendita! ¡Quién mejor que esta santa gloriosa para los tronidos de nuestros jurisconsultos!

Y ¿qué diremos del acierto en crear y motejar la Academia de cánones bajo la advocación de San Isidoro?

No se dirá que nuestros Prelados y tribunales de Rota no hayan sabido ejecutar sus fallos á los cánones de San Isidoro, bien que malas lenguas digan haber añaído el escribiente una *o* al nombre del santo, y deber llamarse Isidro y no Isidoro.

Por ahí podemos calcular el genio y espíritu heredados de sus pasados, por nuestros académicos y por nuestras academias.

Nuestros canonistas lo son á lo Isidro labrador: nuestros letrados oficiales á lo Santa Bárbara: los hechos históricos descubiertos y jurados por nuestra Academia, merecen tanta fe cuando menos como el *Misterio de la Purísima Concepción*. Su competencia, laboriosidad y celo, se miden por los escaparates de tiendas de Antigüedades y por la estupenda universal fama que entre propios y extraños gozan el *Diccionario Histórico Crítico* y los *Anales*...

¡Válganos Santa Bárbara, San Isidro y la Concepción Inmaculada, en esta visita que vamos á girarles!

S. PEY ORDEIX

"El dios Millón"

Ha llegado á mis manos un libro de Sebastián Gomila, muy útil, muy sano, y, sobre todo, muy moderno. Se titula *El dios Millón*. Título vibrante y más de novela que de libro sociológico. ¡Cuántos alrededor de estas tres palabras, que

reflejan un sentimiento, más ó menos duro, de la sociedad de ahora, habrían escrito un poema, ó un centenar de artículos amañados de ciencia filosófica, ó un volumen tópico dedicado á la humanidad, como suelen hacerlo esos grafomanos, más numerosos que las hormigas, que, en su osadía singular, se atreven con las cuestiones más profundas, con las ideas más abstrusas! Sin embargo, el libro de Gomila es un acierto, porque si el título es amplio, el texto es una especialización hecha con miras al socialismo, sin pretensiones, como si se tratase de un manojito de artículos periodísticos.

¿Quién no conoce á Sebastián Gomila, como articulista, como cronista correcto y valiente, como aficionado á las cuestiones sociológicas y, en fin, como periodista?

Durante muchos años, hemos saboreado sus crónicas en *El Liberal*. Hoy trabaja poco. Se ha cedido por entero al libro, á la labor de biblioteca, cosa rara, ciertamente, en un periodista de raza.

El dios Millón es un estudio suave, ameno del factor economía y del factor pobreza, un capítulo de una gran sociología que el mismo Sebastián Gomila debiera escribir. Estas materias gustan, sobre todo cuando se tratan con fluidez y lejos de todo alarde de pedantería.

He leído el libro por entero. Hay ciertamente, en él, cierto desenfado singular, cierto desgaire literario que pinta á su autor como un cuidadoso entusiasta de las ideas sobre la forma, como un romántico de la sociología. Sin embargo, así ha sido siempre Gomila. Es el mismo que en las crónicas que le dieron á conocer en el mundo intelectual. Es un hombre de fe, un hombre que lo sacrifica todo á una idea, á un ideal. Algunas veces se le ha tilado de cursi, y él se ha defendido. Hoy se llama cursi á muchos hombres de fe.

Nos place leer, de vez en cuando, libros como el de Gomila, libros que digan algo, que nos enseñen algo; libros en cuyo fondo se descubre el odio al bizantinismo literario, al lujo de la forma, al falso clasicismo de algunos de nuestros escritores, huecos por dentro.

ARTURO MORI

Don Vicente Casesnoves

Ha fallecido en Játiva este que fué el adelantado de la causa liberal en aquella histórica ciudad simbólica en la batalla entre la libertad y la reacción.

También ha sido simbólica la acción de los señores Casesnoves. El famoso Castillo de Játiva, prisión donde los reyes depositaban como en recaudo seguro los presos de compromiso, desde César Borja á Francisco I, vino á ser propiedad de los señores Casesnoves. Hay algo de fantástico en el hecho de ver al sucesor del antiguo Bey de los árabes, y del alcaide cristiano en el dominio de aquel cerro, descender desde la cumbre de aquel

Sinai á los centros populares y á los comicios públicos, llevando la bandera de la libertad redentora, en vez de las cadenas que ostentaron los que le precedieron.

Don Vicente Casesnoves ha sido un liberal perfecto en vida y en muerte.

Propagó sus doctrinas desde las columnas de *El Progreso* confirmandolas sin defección con sus obras.

Las ideas de su conciencia y la propaganda de su vida, han sido debidamente coronadas con el entierro civil, última batalla que ha librado á la reacción en aquella región levítica.

Apinados alrededor de los bravos Casesnoves, los liberales de Játiva han sabido convertir en baluarte de la libertad lo que fuera antes feudo del clericalismo.

El nombre del consecuente paladín, será invocado como estímulo de los que le sobreviven encargados de perpetuar con obras de imitación, el ejemplo de probidad é integridad que les ha legado.

La Medalla de "Gallito,"

Los señores de la otra acera tienen un nuevo caso que apuntar en la libreta de los sucedidos milagrosos. La Virgen de la Esperanza ha salvado á *Gallito* de una cogida. Y no vale sonreírse escépticamente, no; ahí están las pruebas evidentes, innegables, para que se convenzan los discípulos de aquel apóstol testarudo que necesitaba tocar para creer.

Mala se la auguramos esta vez á ese herejote de Nakens, que anda procurando siempre restar mérito á los milagros más edificantes, cuando no llega su osadía á ponerlos en duda. Pero esta vez va á verse negro, porque la cosa es de calibre máximo.

Por lo visto la mamá de Josellito le regaló á éste una valiosísima medalla de oro, con la imagen de la Virgen orlada de brillantes. Como es un recuerdo de su *moresita*, el niño no se separa de la medalla, aunque lo zurzan. Pues bien; ahora viene lo gordo, lo interesante, lo emocionante, lo que hace saltar las lágrimas al hombre más empedernido: el otro día toreó *Gallito* en la plaza de San Sebastián, y en uno de los momentos más culminantes de la brega, cuando la criatura hacía preciosidades en eso del *arriamen*, el toro lo alcanzó por la excelsa pechuga, unos centímetros arriba del apéndice xifoides. Hubo un momento de expectación angustiosa, mas ¡ah! el pitón del bicho se detuvo en su mortal trayectoria. Había tropezado con la medalla de María Santísima. La excelsa señora interpusiera su divina gracia entre el asta del cornúpeto y el sandunguero cuerpo de Josellito. La fe habla triunfado.

Aquí está la medalla salvadora que anteayer fué encontrada en el redondel por los encargados de la limpieza; ahí está para baldón de réprobos y confusión de incrédulos contumaces, con la señal del pitonazo claramente marcada.

¿Qué decís á eso vosotros, impíos, que os complacéis negando los poderes cele-

tes, como si Dios, autor de tanta maravilla que nos rodea, verbigracia, de este sol que nos envía sus rayos vivificadores etc., etc., no tuviera poder para hacer eso y muchísimo más? ¿Qué decís vosotros, ciegos, ignorantes, embaucados por las tonterías con que os calientan la cabeza cuatro agitadores de mitín?

¡Ah! Calláis. Bien lo veo; calláis porque ha llegado hasta vosotros el hálito de lo misterioso, de lo sobrenatural; porque os ha sobrecogido una emoción intensa y adarvante.

Ya otra vez la Pilarica evitó con su santa intercesión que hubiese que amputarle una pierna a *Bienvenida*. El diestro fué agradecido y le llevó al mismísimo altar en donde la adoran propios y extraños, una pierna de cera llena de monedas de plata. Joselito no ha de ser menos. Nosotros confiamos en que regalará a la Virgen un pitón de oro puro ó una cavidad torácica llena de doblones.

Yo me alegro de estas cosas que hablan tanto en favor de la religión y de la fe. ¡Qué se chinche Nakens!

Aunque ese hombre es capaz de salir diciendo que todo fué una casualidad y que si la medalla tuviese el retrato de Pérez Lugín hubiese sucedido lo mismo. ¡Sería el colmo!

Y no vale tampoco mencionar a los soldados que mueren en Africa, con el pecho atravesado, a pesar de la medalla que les colocaron su madre ó su novia, al partir para la guerra. No; no vale eso, porque las tales medallas son baratitas, de veinte ó treinta céntimos, ¿y quién es el mentecato que va á exigir á una medalla de cobre ó de aluminio la misma virtud que á una de oro, orlada de brillantes?

CÉSAR ALVAJAR

¡Por vida de Dios!

Otro compañero en la prensa que me supone, y no sé por qué, enemigo de la Iglesia é incapaz de creer en nada de lo que ella cree y enseña. Y yo le pregunto: ¿Cuándo he dado yo motivo para que nadie dude de mi ortodoxia?

El que cuarenta y siete obispos me hayan excomulgado; y unos millares de curas (casi tantos como existen) me hayan puesto como chupa de dómine en los pulpitos; y unos cincuenta ó sesenta mil frailes (la mitad próximamente de los que mantenemos en España) hablen mal de mí á las piaras de beatas que van á olerles á diario las seráficas pezuñas; y el que los buscavidas de la Buena Prensa gazmoña me calumnien, y los barateros y chulos de la carlista recomienden mi escabechamiento, ¿quiere decir que yo no crea en Dios, ni en los santos, ni en los misterios, ni en los milagros, ni en el Cielo, ni en el Infierno, ni en el Purgatorio? No, ni mucho menos.

Pues no sólo creo en todo eso, si no en la necesidad de que crean en ello todos los españoles, para que puedan vivir sin trabajar, tranquilos y felices, aquellos respetables y fusilables señores.

Y creo además, ¡si seré rico de creen-

cias!, en que hay muchos canallas rezadores, y muchos bandidos que comulgan, y muchos sinvergüenzas que se dan golpes de pecho.

Y también en que ha habido papas asesinos, obispos rapaces, curas lujuriosos, frailes facinerosos, jesuitas ladrones, dominicos verdugos, monjas livianas, etcétera, etc., y en todo lo que tocante á este punto han dicho cánones y concilios.

Y siendo así, ¿como se atreve ese compañero á soltarme pullitas, cual si duda se de mi ortodoxia?

Protesto de sus insidias, que me destrozan el alma, y dejo á la Historia el cuidado de vengarme de ellas. Esto en cuanto á la vida terrenal.

En cuanto á la eterna, ofrézcole á ese amigo ponerle un telegrama cuanto comience á disfrutarla, que diga poco más ó menos.

«Chínchese usted. Estoy sentado á la diestra de dios Padre.

Traigase cuando venga por aquí la medalla del *Gallito*, para enseñársela á los que me rodean, pues no quieren creer lo que les he referido.

No apresure su venida por complacerme, pues ya ve que le espero sentado. Y por toda una eternidad.—Nakens. (Aquí San Jilnojo.)»

Regalo patriótico

He leído en varios periódicos la noticia de que el obispo de Sión (Cardona de nombre) ha enviado no sé cuantos miles de escapularios al Ejército que lucha en Marruecos. En algunos periódicos hasta se le elogia por este rasgo de patriotismo.

No faltará seguramente quien piense que los soldados hubieran agradecido más que el escapulario, una peseta por barba; pero no hagamos caso de los groseros adoradores de la vil materia.

El escapulario, mal que le pese á los ímpios, tiene un valor inmenso para el soldado en campaña: el de preservarle de la muerte, cuando la bala del enemigo se incrusta en el cuerpo del compañero de al lado: ha podido observarse en diversas ocasiones.

De sus ventajas espirituales no quiero hablar: llenarla el número simplemente si me propusiera enumerarlas.

Además, que entiendo de eso tanto como cualquier obispo: es decir, nada.

Monomanía religiosa

Una loca entra desnuda en una iglesia y arroja una criatura en una pila de agua bendita.

Tan extraño y raro suceso ocurrió hace días en la iglesia de San Miguel. Una infortunada joven, de veintisiete años, llamada Valentina Chacón Sepúlveda, natural de la Puebla de Don Fadrique, fué la protagonista. Las facultades mentales de esta pobre mujer estaban pertur-

badas hace tiempo. La iglesia, los curas las novenas y toda clase de rezos constituían su constante obsesión. De muy buen grado creía que las prácticas religiosas y el agua bendita eran el Jordán de todas nuestras culpas. Y en su extravío llegó á suponer que el mejor procedimiento para hacer hombres buenos era sumergirlos de niños en las pilas de agua bendita.

Así lo pensó y así lo hizo; desde las Ventas, donde vive, se trasladó á la iglesia de San Miguel, muy ligera de ropa y con una criaturita en los brazos.

Entró en el templo casi desnuda, produciendo escándalo entre los fieles; y cuando se disponía á echar en una pila de agua bendita á la criatura, fué detenida por los guardias números 1.319 y 1.411, quienes la condujeron á la Casa de socorro del distrito de la Inclusa, pasando luego, por orden del gobernador civil, á la sala de observación del Hospital Provincial.

La exaltación religiosa lo mismo conduce al manicomio que á la cárcel: al primero, cuando penetra desnuda en los templos; á la segunda, cuando asesina en las poblaciones ó en el campo.

Huyamos de esos sítios, donde á lo mejor se incuban locos ó criminales.

En Valencia se han empeñado los clericales en imponer el rosario de la aurora. El primero que se echó á la calle acabó á tiros.

Es un progreso sobre la manera de acabarlos antiguamente, que era á farolazos.

Dos visitas

I

DEL PADRE A LA CONDESA

—¿Salió la señora?

—No; pero debe estar vistiéndose para salir, porque pidió el coche.

—Pase usted recado de que está aquí el P. Salmón.

—Voy enseguida.

Aparece la condesa vestida para paseo, y se precipita con fingido fervor á besar la mano del jesuita.

—Mi venerado Padre... ¡Qué sorpresa!

—Siento molestarla... Sólo un momento...

—Usted está en su casa, y aquí sólo estamos para complacerle... Siéntese aquí, cerca del balcón... estará más fresco...

—¡Gracias!... Sólo dos palabras... ¿Cómo marcha lo de Manolito?

—¡Ay, Padre!... Mal, cada día peor. Dios me ha dejado este hijo para mi castigo... Ayer mismo, que estuvo á comer conmigo el general, nos dió un disgusto tremendo... Ya sabe usted que no le puede ver ni en pintura... Y no sé por qué... Ya sabe usted que el general es mi mejor amigo...

—Sí, sí, ya lo sé.

—Por eso quería yo alejar á este chico de casa... Ya he hablado con Romanones

y con Prieto de esto, y nada. Ustedes podrán hacer mucho por mí... Podían hacer que lo agregaran á alguna embajada nuestra en el extranjero, y...

—Es muy difícil: no hay un resquicio en el cuerpo diplomático donde meter á nadie. Yo ya sé que mientras Manolito esté en casa, ni usted ni el general podrán tener un momento de sosiego... Por que mandarlo á viajar, sólo por viajar, daría que hablar á la gente.

—Ni él querría marcharse... Padre, haga usted todo lo que pueda en mi obsequio... Cuento usted con mi gratitud... y la del general.

—Me basta con la de usted... Pero, créame; con esto de la fundación de nuestro colegio de Velez, estoy aturrido, y no sé cómo voy á salir de este negocio... Tengo que poner en manos del arquitecto el 30 cien mil pesetas, y no sé de dónde sacarlas... El Padre Provincial ayer me tiró un par de indirectas que me dejó frío... Conchita V. naroz me dió el lunes ocho mil, pero esto es una gota de agua... ¡Ah, condesa! Si yo no tuviera estos quebraderos de cabeza, Manolito estaría fuera de España á primeros de mes... Pero, hija, las cosas de la Compañía son lo primero... Pediremos al Sagrado Corazón que toque al corazón de alguna alma piadosa...

—Sí, sí, Padre; yo también le ayudaré con mis plegarias, mientras me pongo al habla con mi administrador... ¿Dice usted que para primeros de mes podía estar Manolito fuera?

—¡Segurísimo!

—Entonces... En fin, ya hablaremos... Pondré en autos al general... Ya iré yo por la residencia...

II

DE LA CONDESA AL PADRE

—Está hablando con una señora: siéntese usted aquí, que pronto terminará. Aquí tiene la señora libros y revistas si quiere entretenerse...

—Gracias, hermano.

Pasa un cuarto de hora, y aparece el Padre, haciendo un mohín de asombro.

—¿Usted aquí, condesa?...

—Ya recordará que prometí hacerle una visita...

—Sí, pero, la verdad, no esperaba que fuera tan pronto...

—El general y yo hemos hablado detenidamente, y hemos convenido en que es absolutamente preciso que Manolito salga de casa cuanto antes... Únicamente usted puede conseguirlo... Y para que el asunto del colegio de Velez no le quite el tiempo que necesita para nuestras gestiones, aquí le traigo á usted esto...

—¿Y qué es?

—Un cheque de cien mil pesetas contra el Crédito Lyónés.

—¡Dios se lo pague y la Virgen Santísima! ¿Qué contento se pondrá el P. Provincial! Fuera de estos quebraderos de cabeza, esta tarde mismo verá al ministro...

—Entonces no le digo más, Padre, sino que tome usted la cosa con interés.

—Como tomamos nosotros todas las cosas...

III

UNA CARTA

«Señora Condesa de Tapujos: Hoy á las 3 ha quedado firmado el Real decreto agregando á su hijo Manolito á nuestra embajada en el Vaticano. Como usted ve no hemos perdido el tiempo. Suyo en Cristo, Ignacio Salmón. S. J.»

FRAY GERUNDIO

Accidente explicable

En Pueyo Marguillán (Huesca) descargó una tormenta el día 27 del pasado.

Siguiendo la costumbre tradicional, salió el párroco á la puerta de la iglesia para conjurarla, y en aquel momento cayó una chispa eléctrica y lo mató.

El párroco se llamaba don Joaquín Laplana, y era muy querido de sus feligreses, circunstancia que hace suponer que no era como la mayoría de su oficio.

Esto último me llenaría de dudas y perplejidades, si yo creyera, como los los clericales, que los rayos son una manifestación de la cólera divina.

Mas como no lo creo, me ahorro de hacer unas cuantas consideraciones acerca del suceso, que no serían muy halagüeñas para el Dios que nos pinta los católicos.

Es decir, para él no; para los brutos, los malvados y los explotadores que saben lo que ese Dios hace, lo que piensa, y lo que quiere, como si lo tuvieran por vecino de su cuarto y pasaran á su lado un ratito todas las tardes.

SEGUN COMO SE MIRE

En la iglesia de Arnosó (Pontevedra) cuatro jóvenes de quince á diez y siete años se lavaron en las pilas del agua bendita de una capilla, pintaron las imágenes y obligaron á bailar á unas viejas que protestaban de sus actos. El juzgado entiende en el asunto.

Esa noticia tiene importancia ó no, según como se la mire.

Yo la miro desde este punto de vista.

Si el mojarse los dedos y la frente con agua bendita sirve para perdonar los pecados veniales, ¿por qué ha de ser punible lavarse la cara? Más bien parece, lógicamente pensando, que deberían, ampliando el lavatorio, perdonarse hasta los pecados mortales.

Si la pintura de las imágenes estaba borrosa ó sucia por las inclemencias del tiempo, ¿cómo ha de ser acción pecaminosa retocarlas? ¿Que debieran haber pedido permiso para ejecutarlo? Convenido. Pero una improvisación ó una falta de cortesía ¿puede nunca constituir un delito?

Queda lo del baile de las viejas, que no tiene, al parecer, explicación fácil. Y, la tiene, sin embargo.

Toda buena acción produce alegría

en el ánimo. Y si los jóvenes, al ver afligidas á las respetables devotas, trataron de comunicársela recordándoles aquellos buenos tiempos en que ellas se despedazarían bailando ¿que tiene que ver eso con el Código Penal?

¿Que las iglesias no se han hecho para hacer piruetas? ¿Quién lo ha dicho? Léanse las crónicas de los siglos medios y se verá que en ellas se armaba cada bailloteo que partía los corazones, y hasta se representaban comedias, y hasta se comía y se bebía como hoy en las verbenas.

¿Que aquella moda pasó? Sí; pero las modas suelen volver al cabo de los años mil, y no hay para que anatematizar á los que tratan de resucitarlas.

Ahora, mirada la cuestión de la otra manera, por el lado de la profanación, sospecho que esos jóvenes, si no se salvan por la edad, van á rascarse á la sombra durante algún tiempo.

Lo de todos los días

Celebrose un entierro civil en Santa Coloma de Farnés.

El alcalde prohibió que el entierro pasase por las calles céntricas; las trescientas y pico de personas que iban en él protestaron sin promover tumulto; la guardia civil despejó á sablazos y llenáronse las farmacias de heridos, contusos y mujeres accidentadas.

Cada vez que una autoridad constitucional, comete un atropello de estos, pienso en lo que volvería á ser España el día que el clericalismo dominase del todo, y me entran ganas de escupir sobre los liberales, los demócratas y los republicanos que se dicen católicos ó no combaten la Iglesia á sangre y fuego.

Si hoy, que vivimos bajo un régimen, aunque mistificado, de Libertad, se atreven á tanto, ¿qué no harían si volviesen los tiempos por qué sus irían?

Los horrores de la Inquisición parecerían dulces idilios, comparados con los que hoy realizarían los canallescos defensores de ese Dios que han inventado para cubrir con su nombre las infamias y los crímenes que cometen.

¡ALERTA!

Circula por la prensa clerical este telegrama:

PARÍS 25 —«Recientes artículos de Prensa, y las dificultades con que tropieza el protectorado francés en Marruecos respecto á las misiones religiosas, así como el auge creciente que toma Alemania en las comarcas orientales, han puesto sobre el tapete la reanudación de relaciones con el Vaticano.

Le Temps dice, á este respecto, que el Gobierno actual no ha de proponer esa reanudación de relaciones, aun reconociendo que el Estado francés obró mal en su día, negándose á transigir con Roma.

Es lo cierto, sin embargo, que la idea va tomando cuerpo, y que no sería de extrañar ver muy pronto que Francia, arrepen-

tida de sus laicismos y persecuciones vuelve los ojos á la Santa Sede.»

La opinión española debe prevenirse contra esta propaganda. Cuando en esos telegramas tendenciosos se habla de Francia, se comete sencillamente un fraude.

Es el actual gobierno de Francia, no ella, el que trata de entronizar la reacción y tomar el camino de Canosa. Por lo cual, el pueblo liberal francés va escamándose, y se prepara á librar una nueva batalla contra los traidores á la República democrática.

Sépalo el pueblo español.

En la próxima visita de Poincaré á España, habrá que distinguir con toda claridad lo que trae de *Presidente de la República* y lo que trae de reaccionario dispuesto á entrar en tratos con Roma.

La prensa liberal, y en especial la republicana, es la que debe orientar la opinión pública en esta distinción de ideas y de aplausos, haciendo ostensible, dentro de los límites señalados por el protocolo de la delicadeza, que Poincaré sería más grato á los españoles, si no amparase la tendencia reaccionaria del actual gobierno francés.

Poesías festivas

Como ha comenzado á venderse bien el 1.º tomo, doy á la imprenta el 2.º

Antes de terminar el mes corriente estará á disposición del público, al mismo precio.

RAYO EN UNA IGLESIA

El día 31, á las cinco, estando celebrando el culto del Sacramento en la iglesia de San Nicolás en Benavente, cayó una chispa eléctrica, sufriendo sus efectos varias personas y ocasionando la muerte instantánea de Marcial Olmo.

¡Señor! ¡Señor!... ¡Cuán inexcrutables son tus designios!

Los clericales hubiesen encontrado muy natural que el día del entierro civil de aquel impío tan bueno, tan justo y tan querido por todos, llamado Vicente Moreno, hubiese ordenado á una chispa eléctrica que carbonizase ó uno, ó á varios de los concurrentes, para dar patente muestra de tu encono. ¡Y que no hubieran alabado lo acertado de tu justicia!

Yo, en cambio, ante ese cadáver hecho cisco en tu propia casa, me contento con decirle á esos que te ofenden cada vez que toman tu nombre en boca:

«¿Lo veis, mastuerzos? El rayo no es signo de la cólera divina. Y si lo es, explica-me la muerte de ese desventurado en la iglesia.»

A las amas de huéspedes

En el mes de Abril del año actual llegó á Santander un cura belga, llamado Ed-

mundo de Caíse, de unos cincuenta y tantos años de edad, dedicándose á la enseñanza de idiomas.

Después de haber armado varias peloteras en las casas donde anteriormente se hospedó, lióse á botetadas el día 25 con la señora de la que actualmente habita, y con sus hijas, siendo conducido al Juzgado de Guardia á la vez que la señora á la casa de Socorro.

¡Oh, vosotras las que tenéis cuartos que alquilar!

Escarmentad en el ejemplo de esa de Santander, y absteneos de admitir curas, á no ser en caso de necesidad extrema.

De lo contrario correréis el riesgo de pasaros en las casas de Socorro más tiempo que en la vuestra, pues todos suelen tener un genio endiablado, y en cuanto solicitan algo que no alcanzan, se lian á botetadas con el verbo divino.

Huid, huid del peligro siguiendo al pie de la letra esta máxima de las Sagradas Escrituras: «El que ama el peligro, en él perece.»

REMITIDO

Sr. D. José Nakens.

Muy distinguido amigo nuestro y venerado correligionario: Aunque sea con algún retraso, desde luego involuntario, no queremos dudar de responder á la excitación que en su interesante semanario ha dirigido á los concejales republicanos del Ayuntamiento de esta ciudad para que se discutiendo de la acusación que envuelve el hecho de haber creído los socialistas que todos los concejales republicanos, exceptuando los de Málaga, han resultado inmorales.

Mas por estímulos de cortesía, es decir, por el deseo de corresponder á su noble requerimiento, que por considerar necesaria nuestra defensa, hemos de protestar, sin aspavientos ni extridencias pero con el profundo sentimiento que experimenta el hombre honrado que se ve lastimado injustamente en su dignidad, de la ligereza en que han incurrido los socialistas.

Nosotros formamos la minoría del actual Ayuntamiento de Valencia, y desde el día 1.º de Enero de 1912 en que se constituyó este, hemos tenido en frente á una repugnante coalición de liberales y carlistas, gestora de las más cínicas immoralidades.

Con perseverancia y con abnegación hemos combatido un día y otro día todos los dictámenes contrarios á la ética y atentatorios al interés colectivo; y las actas de las sesiones y las reseñas de la prensa son la prueba más evidente de que jamás ha existido en nosotros tibieza, abandono ni vacilación en la defensa de los fueros de la moral, aún á trueque de sufrir desprecios, vejámenes y hasta persecuciones por parte de la mayoría coalicionista.

Finalmente, por entender que se nos negaban los medios de defensa para evidenciar la existencia de una inmoralidad probada, nos retiramos del Ayuntamiento.

Esto ocurrió en la sesión de 5 de Mayo último, en la que se impidió coactivamente que estudiáramos un asunto sobre urbanización de ciertos terrenos, situados en punto distante de la ciudad, que recientemente había adquirido un concejal monárquico, de cierta señora á la que la Corpora-

ción le acababa de expropiar otros en el mismo sitio. ¡Comprende usted, querido maestro, el asunto.

Pues bien; por no convivir con tales escándalos acordamos retirarnos del Ayuntamiento en señal de protesta, y fuimos á la plaza pública á poner de manifiesto en un mitin la gestión ruinosa que estaba haciendo el conglomerado carlo alfonsino.

Nuestra campaña en favor de la moral nos reportó—como suele ocurrir en España—el procesamiento de dos de nuestros compañeros de minoría, á pretexto de que habíamos calumniado al Ayuntamiento, quienes precisamente lo estaban defendiendo de las concupiscencias monárquicas.

En esta situación continuamos hasta la fecha, y ya ve usted sino supone injusticia notoria é ingratitud manifiesta, que encima se nos cuente entre los mismos inmorales á quienes con tanto encono hemos combatido.

En es verdad que, por otra parte, nos consideramos libres hasta de la más remota sospecha de inmoralidad, pues nos abona nuestra diáfana conducta. Consulten los socialistas con sus amigos de Valencia, y que sean estos mismos los que les informen de nuestro comportamiento; que si lo hacen es seguro que pronto se apresurarán á rectificar noblemente.

Y nada más, sino es pedirle á usted mil perdones por la molestia, y aprovechar la ocasión para reiterarles de usted muy devotos amigos é incondicionales correligionarios que le desean salud y República.

Arturo Giray.—Rosendo Perez.—Pascual Martínez.—Jose Marco Fimeno.—Manuel Cru.—José Olmos.—Adolfo Batllés.—Salvador Bonora.—E. López.—Joaquín Martín.—R. Samper.—Villarejo.—Antonio Monleón.—A. Ferrer Peset.—S. Romero.—Daniel Corell.

Valencia 28 de Agosto de 1913.

El P. Miguel Mir

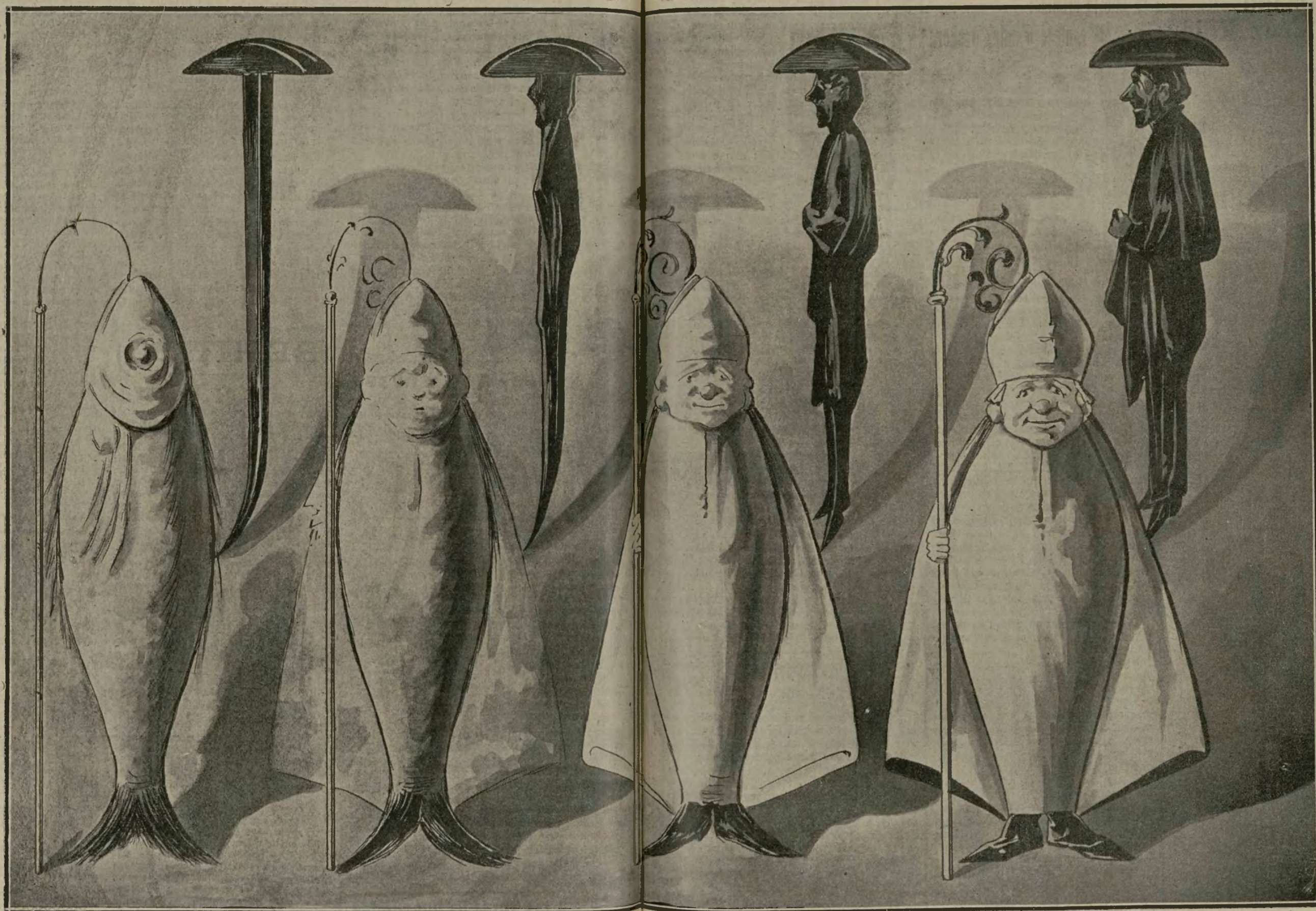
y
SAN IGNACIO DE LOYOLA
Estudio histórico-crítico
de S. Pey Ordeix.
Un tomo de 206 páginas,
UNA peseta.

¡LIBERTAD Y A ELLOS!
DEOS PENTAS

“SOTANAS CONOCIDAS”

Semblanzas
de eclesiásticos españoles contemporáneos por
José Ferránd'z
230 PÁGS. ARTÍSTICAMENTE
IMPRESAS: DOS PESETAS

LA RELIGION
AL ALCANCE DE TODOS
Una peseta.



Transformaciones.

Ayuntamiento de Madrid

Suscripción "Cruz Roja"

Pesetas.

Suma anterior.....	5302'13
Un sobrino de cura y casi cuñado de otro. (Fuente Esteban).....	0'25
Pedro Figuerola (Solamó)...	1'00
Isabel Barrio (Gerona).....	5'00
Luis Barrio (Bilbao).....	0'25
Pedro Echenique (Lugo)...	0'50
José Ferré, 0'50.—Gregorio Pibernat, 0'25.—Miguel Liach, 0'25.—Juan Homa, 1'00.—Francisco Co vera, 0'25.—Uno que protesta de los jefes, 0'20.—José Sagués, 0'15.—Francisco Novell, 0'20.—Antonio Rivas, 0'15.—Pedro Jané, 0'15.—Vicente Carravilla, 0'25.—Juan Jané, 0'15.—Isidro Roca, 0'15.—Uno que protesta de la generosidad de los jefes, 0'50.—José Serra, 0'20.—Ramón Riera, 0'15.—José Boté, 0'20.—Juan Alabart, 0'10.—Esteban Mauri, 0'25.—Esteban Delcort, 0'25.—José Saborit, 0'25.—Juan Boté, 0'10.—Juan Taulate, 0'15.—Bu-naventura Bellavista, 0'25.—José Nogués, 0'25.—Lorenzo Corvera, 0'25.—Juan Carbonell, 0'25.—José Taveria, 0'25.—Alejandro Michavilla, 0'15.—Marcelino Riulet, 0'25.—Un republicano, 0'20.—Antonio Rivas, 0'25.—Ramón Basmos, 0'15.—Juan Alabart (hijo), 0'20.—Abajo los ídolos, 0'10.—Clatell Net, 0'10.—José Costa, 0'25.—S.X.O. Carreró, 0'25.—Antonio Duria, 0'25.—Jo. quin Vila, 0'25.—Blas Vila, 0'25.—José Saborit (hijo), 0'25.—Juan Castañé, 0'50.—M. nuel Cornellá, 0'40.—Ramón Estapé, 0'25.—Tomás Bayo, 0'20.—Juan Corominas, 0'25.—Juan Bellavista, 0'15.—José Invañ, 0'20.—Eteban Delcort, 0'10.—Vicente Dols, 0'20.—Juan Masó, 1'00. (Todos de Granollers).....	13'15
Victorio Piqueras (Ayora)...	1'00
Ricardo Hernández (Ilem)...	1'00
Un admirador (Alayor).....	0'25
Varios republicanos de Albarán (Murcia).....	9'90
Republicanos de Vezdermaban.	5'00
Pablo Lorenzo.....	1'00
Ricardo Pérez (Valladolid)...	4'00
Francisco M. y, 5'00.—Felipe Vegas, 0'25.—Juan Sánchez, 1'00.—Bartolomé Pan, 0'25.—Cristóbal Vegas, 0'15.—Felipe Corrales, 0'25.—José Moya, 1'00.—Cayetano Paradas, 0'50. Todos de Ubrique (Cádiz).....	8'40
Suma y sigue.....	5352'93

La Iglesia criminal confesa ó antes ó ahora

La gran prensa de Italia dedica largas columnas á referir y comentar un caso que constituye un vergonzoso renuncio del Papado y que acusa, ó una falta absoluta de fe y de honradez, ó una confesión de su constitución criminal sin atenuación ni ambage, por dura que parezca la frase.

Trátase de una sentencia de la Congregación romana de los Sacramentos, por la cual se declara nula la ordenación sacerdotal de un tal Cayetano Arena Rocco, presbítero de Cercola, pueblecillo próximo á Nápoles.

Si se tratase de un archimillonario ó de algún hijo de príncipes, nada de particular tendría el hecho de anular sacramentos, pues es cosa frecuente, aunque mantenida en riguroso secreto y desmentida siempre por los oficiales de la curia Romana.

Lo extraordinario del caso está en la publicidad dada al hecho, y en que se ha buscado como precedente á un sujeto insignificante en su brillo social.

¿Qué poderosos y desconocidos resortes habrá manejado el Arena, para lograr tal milagro? ¿Se tratará aquí de un ardido de los mercaderes vaticanos abriendo con ello una mina, hasta ahora cerrada al común de los mortales, que lleve al Papa en peregrinación á los frailes, curas y beatas hartos de sus votos, en petición de dispensas, á cambio de dejarse estrujar por los empleados de aquellas oficinas? ¿O se trata de algún caso de favoritismo de aquellos que recuerdan los tiempos de don O. impia, de Julia Farnesio, de Lucrecia Borja, ó del Cardenal della Scimia, favores hechos en nombre de Cristo á estúpidos de los más degradantes instintos?

Digamos piadosamente: «¡Tú, oh, Señor, escudriña los corazones de cardenales y papas!»

Sea lo que fuere, el precedente crea un golpe de cuestiones de gran transcendencia social.

Si el Papa ha abierto con esto la espita, cerrada hasta ahora, á la desclerización del clero, las argucias invocadas hasta aquí para tenerla en secuestro, ponen en evidencia el genio falaz é insidioso del llamado Vicariato de Cristo. Y además debe considerarse como una conquista hecha por esos clérigos llamados apóstatas, escarnecidos por clericales de todas layas, á quienes se declara sucumbido el Vaticano. Y tomada esta trinchera, discurremos sobre la peluda gestión del Vaticano en este nuevo terreno.

Cualquiera que sea el arte que en la administración de esta industria se dé, habrá de optarse por conceder esta gracia pontificia al dinero, ó á la simple gratiosidad.

En este último caso, vamos á ver en los países católicos la desbandada del

clero y su restitución en masa al estado seglar.

En el otro caso, será un privilegio de los ricos, que pondrá en evidencia un nuevo género de simonía doblemente irritante, que pondrá en quebranto el crédito del Vicariato de Cristo y desmoralizará al clero inferior.

Nada tan propio para hacer repulsiva al clérigo la Iglesia, como ese tráfico en perspectiva.

El rico que pague se creará despojado por el *condottiere* apostólico: el que no pueda pagar, creará verse puesto á su-basta como vil esclavo.

Y, aparte otras consideraciones no menos curiosas, la sentencia romana suscita desde luego ante la conciencia de los devotos la siguiente cuestión:

Si hay casos de sacerdotes inválidamente ordenados, cuya invalidez se descubre á los años mil y después de haber celebrado muchos años misa, confesado, ungido, ordenado quizás y confirmado y casado... ¿qué seguridad tendrá el fiel de que el cura que tenga delante no sea uno de éstos? Y he aquí el conflicto:

Al oír misa, y sobre todo al pagarla, se dirá el devoto:

¿Será válida esta misa, ó será el cura este un *inválido* que me va á dar el timo de los perdigones con sus misas sevillanas?

Al ir á confesar, se preguntará la hija de María:

¿Qué seguridad tengo de que el fulano del cajón no sea un grandísimo bellaco, y bellaca su confesión, bellaco el sigilo sacramental, y todo el sacramento una sarta de pegas?

El moribundo ¿á donde acudirá y qué seguridad tendrá de que la unción no es una cataplasma de aceite inofensivo, ó la hostia una oblea sin sustancia, y la absolución que le ha de abrir las puertas del cielo una burla del mismo Satanás?

Y dado el caso de que el ordenado inválidamente fuese obispo... ¡adiós curas de mala raza!... Todos los del obispado son curas inválidos: todos sus sacramentos y toda la diócesis una farsa.

Mas, sentado el precedente, vendrá el caso de poder ser declarada nula la ordenación del Papa...

¡Horror!

¿Nulo el Papa, nulos los obispos creados por él, nula la Iglesia, las indulgencias, las bendiciones, las sentencias?...

He aquí la virtud del precedente. La Iglesia se ha cogido los dedos entre la puerta: miente cuando por testimonio público declara válido al sacerdote, ó miente cuando lo declara inválido... ó miente en ambos casos.

Este caso conviene divulgarlo y jalearlo sus consecuencias. Con lo dicho, el lector y los escritores tienen bastante para lucir sus ingenios, á costa de la Iglesia que se empeña en ser indiscutible.

A presencia de cualquiera cura, de cualquiera viático y de cualquiera sacramento, este precedente formula esta duda: ¿será eso... lo que dice ser, ó será falso?

Porque es el caso que el cura de la

sentencia celebró, confesó, dió absoluciones y bautismos, y los fieles adoraron sus absoluciones nulas y sus hostias sin consagrar. Y la Iglesia que ha hecho un cesto, habrá hecho y hará ciento; tiempo y mimbres tiene sobrados.

Cura caritativo

En Reggio Emilia (Italia) sostenían relaciones amorosas dos jóvenes en espera de casarse. Un clérigo que dirige en la misma localidad la *Voce del cuore* y es autor de varios folletos católicos, puso los ojos en Fernanda, que así se llama la víctima, y la empleó en la administración de su revista.

Al poco tiempo la joven declaraba a su novio que el cura con violencias y engaños la había hecho madre. Corrió él furioso en busca del ensotado, y éste le ofreció una suma importante de dinero y establecerle una barbería si callaba; pero el joven no accedió y le hirió, aunque levemente, siendo condenado a catorce días de arresto condicional.

Los padres de Fernanda obtuvieron del cura una obligación firmada, en la cual se comprometía a dar a la muchacha cien liras al mes, durante veinte, y cincuenta liras además durante todo el tiempo de la gestación, pero a título de caridad.

Lo de la caridad, ¡qué propio de cura es! Hasta cuando reparan forzosamente una falta, lo apuntan en el *Haar* de sus buenas obras.

Cuando se presente ese cura folletista en la portería del Cielo solicitando la entrada, quizás relate así ese caritativo episodio:

«En 1913 señalé cien liras de pensión durante veinte meses a una joven seducida por un miserable.»

Y como San Pedro no tenga noticia del po qué le señaló la pensión, acaso le permita la entrada.

Afortunadamente EL MOTIN se lee en el Cielo, y San Pedro se pondrá sobre aviso desde que lea este número. Por esto le será imposible a ese cura presentar allí como virtud un acto que merece todas las reprobaciones.

Y véase por dónde resulta EL MOTIN tan útil en la Tierra como en el Cielo

Pueblo feliz

¡Vaya una epidemia que había en el pueblo aquel año pasado!

Se morían «como agua» los vecinos. Y la tía Jacinta le escribió a su nieto que viniera de Pinseque al pueblo este de que me ocupo, por si moría también ella, que ya tenía ochenta años.

Y Urbano cogió la burra y en un par de días se plantó en la casa «abuelerna», como la llamaba él, y puede ser que estuviera bien llamada.

—¡R: diós, qué es esto! ¿Se mueren ustedes a qué?—dijo al llegar.

—¡Ay hijo mío! Les ha entao una zangarriana a tós nuestros parientes, que el foseró está que no pué con su alma: no hace más que enterrar gente; ¡ni comer le dejan! Amos ahora mismo a velar al tío Jeribeques, que sa muerto esta mañana.

—¡S'habrá muerto de ladrón que era! —No tengas mala lengua; cena y echa a correr, que allí te espero!

Urbano cenó y fué a la casa mortuoria y veló toda la noche al tío Jeribeques, que estaba vestido con hábito de franciscano.

—No sabía yo que s'había hecho fraile...

—¡Chist; no hables y rézale! ¡A rezar y a callar!

—Bueno, bueno.

Al día siguiente pasa mi buen Urbano por la calle mayor del pueblo y a través de una reja ve a un hombre de cuerpo presente vestido de dominico.

Varias mujeres lloraban en la puerta.

—¿Quién es el muerto?—preguntó Urbano.

—El que está en la caja.

—Mucho: gracias.

Y siguió Urbano su camino.

Pasaron dos días y vinieron a avisar que si había algún hombre en casa de la tía Jacinta que hiciese el favor de ir a una casa de la plaza donde había un hombre moribando sin familia.

—Anda, hijo, anda; Dios te lo pagará

—dijo la abuela.

—Pero oiga usted, abuela, ¿pa eso me ha llamao usted? ¡Pues vaya un oficio que me dan a mí!

—Anda, hijo mío; ¿no ves que dicen que no tiene familia?

Urbano se metió en la faja un doblero y un pedazo de chorizo catalán y fué a la casa, donde una vecina le llevó al cuarto del «calabre». Por cierto que el «calabre» estaba vestido de agustino.

Urbano pasó la noche cumpliendo su piadoso deber, y a la mañana, cuando salió para volverse a casa, vió que traían cuatro hombres un cuerpo muerto en unas parihuelas.

—¡Estamos aviaos!—iba diciendo Urbano.—No va a quedar un vecino vivo. Será cosa de beber doble vino, a ver si nos defendemos una mijaja.

Llegaron los hombres con él, y para descansar dejaron las parihuelas en el suelo.

El muerto iba descubierto y vestido como el primero que Urbano había visto al llegar al pueblo, con hábito de San Francisco.

—¿Otro?—pensó y sonrió a sus solas. Y en llegando a casa dijo:

—¡Abuel!

—¡Hija! ¿Ya has velao al muerto?

—Sí, señora, y vengo muy contento.

—¿Por qué?

—Ahora mismo va usted a escribir a mi padre que me envíe mi ropa y too lo mío, porque en este pueblo me quedo yo pa siempre.

—¿Y por qué?

—¡Por qué ha é ser! Porque aquí no

pué ocurrir nada malo. Este es el pueblo de más suerte que hay en el mundo. ¡Todos los frailes que tienen ustés se les mueren!

EUSEBIO BLASCO

La educación jesuítica en bancarrota

Los jesuitas son los pedagogos, los educadores de la juventud adinerada de Bilbao. Sus discípulos, ó son bizkaitarras (nacionalistas católicos), ó son jaimistas, ó son mauristas por lo menos.

Nacionalistas católicos, abominadores de los maquetos y de los liberales, son los bestias en celo que abusaron de una pobre muchacha. ¿No se recuerda ya el crimen bestial de Arrenbarte? ¡Ah!, si en vez de señoritos, católicos y bizkaitarras, hubiesen sido los criminalistas obreros socialistas y librepensadores, ya hubieran sacado a relucir nuestros adversarios los consabidos resobados tópicos de la escuela sin Dios, de la pedagogía de Ferrer y de la inducción de la mala Prensa! Pero como aquellos berracos eran crías de Deusto, ¡chitón en las filas!

Y los jesuitas tienen culpa, por su manera de educar, en aquel abominable delito. No queremos decir que enseñen a violar; lo que decimos es que exponen a la juventud a esas explosiones de bestialidad con el sistema de apartar un sexo del otro sexo, y de ocultar aquellos secretos de la naturaleza, que, si no recorrieran los padres, no vendrían niños al mundo, por mucha prisa que se dieran los fabricantes parisienses de bebés de encargo, a siete y nueve meses fecha.

E reputado crítico P. Muñíos Saenz, no anda muy lejos de este criterio en algo que escribe en *La Ciudad de Dios*, revista de los agustinos.

He aquí algo de lo que dice el reverendo Padre:

«A despecho de todas las precauciones, la realidad se encarga tarde ó temprano de descubrirles lo que con tanto cuidado se les ocultó en los libros, y esa castidad inconsistente y negativa, verdadera flor de estufa, sucumbe tanto más fácilmente al primer embate de la tentación y cae tanto más hondo cuanto menos preparada estaba para la lucha. Los pocos que en tal tenor perseveran, ó son imbeciles de solemnidad ó caracteres apocados ó incapaces de ningún rasgo viril...»

«Esto es, además, lo castizo, lo genuino, mente español. Nunca ha sido nuestra piedad la lacrimosa y apocada beatitud, el sentimental pietismo que nos van metiendo en casa los dulzarrones devocionarios, novenarios y libros piadosos extranjeros, y especialmente franceses, tan pródigos en aparatosas novedades les como escasos de verdadero espíritu.»

«... es una vergüenza que la patria de los mejores místicos del mundo viva hasta en la miseria a merced de las migajas que de ellos han recogido, y nos devuelven recogidas y empalagosamente confitadas los extranjeros.»

«... hay que averazarla (a la juventud española) al enérgico realismo de nuestros grandes autores...»

«¿Y qué va a tener de española una juventud que desconoce no ya sólo a Garcilaso, Hurtado de Mendoza, Cervantes, Tirso y Quevedo, sino a Fr. Luis de León y San Juan de la Cruz y que no puede leer sin bárbaras mutilaciones el libro español por excelencia, nuestro estatuto *Quijote*?»

La tesis es literariamente irreproachable. Nos place ver al padre Muñíos coincidir

con el padre Ferrándiz en la execración de las jesuíticas mutilaciones del *Quijote*.

Aplicaciones éticas y pedagógicas da á su tesis el agustino en estos términos:

«En nombre no va sólo de la moral sino de cosas que jamás han preocupado gran cosa á los moralistas, como la tranquilidad de los nervios, el sosiego del cerebro y una imperturbabilidad más estoica que cristiana del corazón, se proscriben (en los libros) todo movimiento pasional, principalmente amoroso, por inocente que sea: es imposible un conflicto de conciencia... hay que mutilar la mitad de la realidad y las tres cuartas partes de la vida... en este punto se llega á extremos como el del autor de *Novelistas malos y buenos* al censurar sistemáticamente que se mencionen siquiera las consecuencias naturales de ciertos pecados, sin ir más allá para no escandalizar á las coeducadoras que creen le envían por el correo los hermanitos...»

«En este empeño de preservar á los jóvenes de los peligros de la castidad se ha llegado á verdaderas ridiculeces...»

Ridiculeces que se convierten, á lo peor, en tragedias, en bestialidad, en crímenes, cual el abominable cometido cerca de Bilbao.

El párrafo transcrito lo comenta nuestro querido colega *El Liberal*, de Bilbao, en estos términos, que esclarecen la divergencia entre agustinos y jesuitas:

«El autor de *Novelistas malos y buenos*, no es otro que el jesuita P. Ladrón de Guevara, cuya autoridad constantemente se disputan *La Gaceta del Norte* y *El Pueblo Vasco*. el mismo que incluye entre los escritores nefastos al leísta Valle Inclán, predilecto de *La Gaceta del Norte*, á Pierre Loti, ensalzado por *El Pueblo Vasco*. Uno y otro periódicos, enterados de la censura del P. Ladrón de Guevara, recogieron velas y echaron horrorizados el lastre al mar, exorcizando sus columnas, arrojando los demonios que se les habían metido en el cuerpo sin permiso del jesuita vapuleado furiosamente por el agustino.»

Llévense también las manos á la parte vapuleada los editores y patrocinadores de la biblioteca «Patria», quinta esencia de lo ñoño.

Malos vientos corren para los jesuitas. A los libros de Pérez de Ayala y Salaberría, han seguido la Historia del padre Mir, el libro del Sr. Pey y Ordeix, los estupendos descubrimientos de este mismo escritor sobre la vida y herejías de San Ignacio, y el más reciente del exjesuita padre Cejador, que es valiosísimo, y sobre el cual mucho nos proponemos escribir.

Les ha llegado su San Martín á los antes omnipotentes compañeros.

El País.

Sevillanas

«Mazzantini y la monarquía»

En una *interview* celebrada entre Mazzantini y un redactor de *El Liberal* de Sevilla, el famoso extorero hubo de hacer, entre otras, las siguientes declaraciones, que insertó dicho periódico en su número correspondiente al día 17 del actual; declaraciones que yo con mucho gusto reproduzco textualmente en *EL MOTIN* para solaz y recreo de mis amables, si que también alegres lectores.

Habla Mazzantini:

«Cuando se hospedó la actual reina, próximamente á su matrimonio, en el real sitio del Pardo, tuve la honra de formar parte de la Comisión de municipales que en

nombre del Ayuntamiento fué á ofrecerle pleitesía. Don Alfonso, que la acompañaba en el acto de la recepción, tuvo el honor de señalarme á doña Victoria, y desde aquel momento la princesa augusta no quitaba de mí sus ojos de cielo.

Pronunció su discurso el actual alcalde, creo yo que sin que lo escuchara doña Victoria, pues tal era la atención que había puesto en mi persona.

Concluida la recepción, don Alfonso me presentó á la princesa, su prometida, y conversamos en francés durante unos momentos.»

Don Luis: Muchas y buenas estocadas habrá usted dado durante su vida torera; pero en esta *interview* le ha resultado un poquito desigual la faena con el estoque, puesto que el bajonazo no ha podido ser más tremendo.

Cuando el público se entere, el abucheo va á oírse en Veracruz; y por lo que respecta á la presidencia, en vez de obsequiar á usted con un regalillo cualquiera, como es costumbre, va á pedir las mulillas para que arrastren á usted: por lo menos como político.

¡Camará con D. Luis!

E. GIMENEZ MONROY

Agosto 1913.

UNA BARBARIDAD MAS

El periódico de los jesuitas en Bilbao venía pidiendo á las autoridades que cerrasen un barracón en que se venden libros y folletos de propaganda protestante.

En vista de que no lo hacían, el día 19 se acercó un grupo al vendedor á exigirle que lo cerrase. Negóse, y cayó sobre el barracón una lluvia de piedras.

Acudieron los guardias, detuvieron á algunos de aquellos católicos (quise decir salvajes, pero como es igual, lo dejo cual lo escribí); una turba de salvajes (quise decir católicos, pero como es lo mismo, no lo borro) siguió detrás pidiendo que los soltasen, y cuando al fin lo consiguieron, se retiró cada uno á su pocilga.

Que las autoridades debieron castigar á los autores de tamaña brutalidad.

Quien tal piense, olvidase de que estamos en España, donde el clericalismo (invención mía, según propalaban hace cuarenta años los necios de nacimiento y los listos de oficio) tiene á su devoción, gobiernos, gobernadores, jueces, alcaldes.

¡Ah! Y caciqueros, que son los que ejercen de primera, soberana é inviolable autoridad.

La moral en las alturas

El Soberano Emperador de cielos y tierra, dando ejemplo de humildad á los señoritos del miserable mundo, se desposó con una hilandera judía y se hizo padre de su Hijo.

Este Hijo es el Dios oficial de la corte de Austria-Hungría. Y he aquí como le honran é imitan.

El conde Ladislao Szechenyi, perteneciente á una de las más nobles familias

húngaras, fué á los Estados Unidos en busca de una millonaria con quien casarse, cambiando blasones por tategas.

Mis Gladys Vanderbilt, la hija del multimillonario célebre, se decidió á convertirse en condesa de Szechenyi, aportando al matrimonio un dote de varios millones de dollars.

Pero el matrimonio no ha realizado los sueños de la opulenta norteamericana, y acaba de pedir el divorcio. Sus quejas son múltiples.

Ella esperaba, desde luego, ser recibida en la Corte de Viena por el Emperador, gracias á la posición de su marido. Mas no fué así. La Corte austriaca se halla por completo cerrada á las damas de origen burgués, aunque se hayan casado con los más señalados aristócratas. Tampoco la nobleza húngara quiso recibir á la «intrusa».

Y de ese modo, la señora Gladys Vanderbilt Szechenyi se vió condenada á una especie de aislamiento.

Acaso ella se hubiese resignado á tal estado de cosas; pero un hecho más grave la ha obligado á tomar una resolución. Y es que su marido ha gastado la mayor parte del dote que ella aportó.

Con el dinero de la mujer había mejorado sus propias fincas; ayudaba, además, con largueza á sus parientes pobres, y para remate había perdido gruesas sumas en jugadas de Bolsa.

Lo cual no quita para que sigan recibiendo en la Corte que se niega á admitir á su esposa.

Moral de gatos escrupulosos.

Por diez francos

La cena de novios concluía. Los convidados habían agotado el repertorio de canciones, monólogos y romances sentimentales.

El viejo Grihon, el tío de la recién casada, que hasta entonces permaneció callado, dijo:

—Yo no puedo cantar; ya no tengo voz. Estoy contento ¡oh!, muy contento... y voy á contar una historia... la historia de una moneda de diez francos.

Ahí va. Hará como unos diez años, mi pobre hermano Luis, tras de algunos inviernos perros por causa de su catarro, murió..

Era viudo y tenía una pequeña de ocho años. Nosotros no éramos ricos, ciertamente, ¿Y qué? ¡Ibamos á dejar á aquel arrapiezo en la calle! La vieja y yo trabajaríamos más, haríamos más plumeros. Y trabajamos é hicimos más plumeros y los domingos dábamos unos pocos á la pequeña, y los tres en la calle de Clignancourt vendíamos separadamente nuestra mercancía. Ibamos bien, ganábamos la pitanzita... ¡Oh, no mucho! Pero la rapaza comenzó á toser y á toser. El médico la vió y dijo: «Necesita jarabe, necesita jugo de carne, mucho jugo de carne, y, sobre todo, que no salga, que no coja frío.» La botica cuesta cara, ¿no es verdad? En fin, se hizo lo que se pudo.

El invierno era duro y largo, muy largo; la nieve no se quitaba de las calles y las mujeres no se detenían á comprar nuestros plumeros, lacios de la humedad.

Un domingo salimos mi mujer y yo á vender los últimos. En casa no había un céntimo, ni cosa que lo valiera, ni carbón, ni pan y la pequeña tiritaba en la cama.

«Si no lo vendemos todo—dije á mi parienta—habrá que llevar á la rapaza al hospital.

Mi mujer no respondió, pero yo la veía con los ojos llenos de lágrimas, haciendo grandes esfuerzos para no dejarlas correr cuando gritaba: «¡Buenos plumeros á cuatro perrillas!...»

Eran ya las once muy corridas y no nos habíamos estrenado... Y he aquí que un joven como de diez y ocho años, con un llo en el brazo se detiene ante la parienta:

—¿A cuánto los plumeros?

Y compra uno y se marcha.

Nosotros le vimos marchar, diciéndole ¡gracias!, porque era evidente que no necesitaba plumero... Y luego que cuando uno se ha estrenado parece que se ha de dar mejor la venta, porque uno cree que se fué á mala suerte...

Le seguíamos con la vista, cuando le vimos agacharse y recoger algo de entre la nieve, y luego mirar á derecha é izquierda como si buscara á alguno. En esto un municipal pasó junto á él amenazando y atropellando á otra pobre vendedora ambulante, porque los vendedores sin patente han de vender andando, casi corriendo...

Contempló el joven la escena, y como el que toma una resolución vino hacia mi mujer y la dijo:

—He encontrado estos diez francos en la acera... Quería entregárselos al guardia, pero me parece demasiado bruto... Además evidentemente usted los necesita... Está usted llorando... A mí no me hacen falta ninguna...

La pobre parienta transtornada, aceptando las gracias, y llena de gozo, de reconocimiento, contó al joven la historia; la enfermedad de la pequeña..., la falta de todo... A los diez minutos mi mujer sabía que el muchacho trabajaba en una fábrica de Saint Denis, que vivía en la misma calle que nosotros, que era solo...

Algún tiempo después se encontraron en la calle él y mi mujer y entablaron conversación. Entonces el joven preguntó á la parienta si quería encargarse de cuidar su ropa y arreglarle la habitación; aceptó y realizó esta tarea durante cinco años.

Nosotros le tomamos cariño al muchacho, y también la pequeña. Se hicieron amigos y cuando la rapaza fué al taller, muchas tardes iba él á esperarla...

Y como al llegar á esta parte del relato fuese grande la emoción de Grihon, se volvió á los recién casados y señalándolos á los convidados dijo:

—He ahí al joven y á la rapaza, ¿Habéis visto alguna vez tanta felicidad por diez francos?

Todos estaban conmovidos mucho más que después de la más linda canción, y para alegrar á la gente el viejo Grihon gritó:

—¡Buenos plumeros, á cuatro perrillas!

S. MARCIENNE

Mozo avisado

Galileo Bargnoni, de cuarenta y siete años, abrió un gabinete odontólogo en Milán.

En sus anuncios decía que era licenciado en un número inverosímil de Universidades extranjeras, donde había estudia-

do los más seguros procedimientos quirúrgicos y médicos. En poco tiempo, gracias á su carácter simpático, se hizo con muchas amistades y buena clientela.

Llegaron á la Policía indicaciones de ciertos mañejos del dentista, y el comisario lo llamó á su despacho; y no debieron ser muy satisfactorias las explicaciones que dió, cuando quedó detenido.

Ordenóse un registro en su casa, y halláronse en un cajón de la mesa varias fotografías suyas con traje de obispo, con mitra y pectoral, repartiendo bendiciones. En otras aparecía vestido de Pontifical, como si fuera á oficiar, y rodeado de una docena de monjas con hábitos blancos y grandes velos.

Al principio creyóse que se trataba de un desequilibrado, que había dado en la manía de retratarse de modo tan original; luego se fueron conociendo varias estafas por él realizadas.

Más tarde se supo que Bargnoni tiene una hoja de servicio de lo más completo. La Audiencia de Ancona lo había condenado por falsificación y estafa á siete años de cárcel, y la Audiencia de Valencia en España á once años y once meses de presidio por usurpación de títulos y estafa.

Avisado es el mozo; lo prueba el que para cometer sus estafas se vistiera de Obispo.

Es un traje muy apropiado.

Remitido

Sr. D. José Nakens.

Muy señor mío: Recibí el primer envío de El Motín pero no las hojitas y los folletos, que espero me enviará.

Por si juzga digna de publicarla en su periódico, le doy la siguiente triste noticia.

El 10 del corriente falleció en esta ciudad D. José Moisés Collado, hombre ejemplar y republicano convencido hasta el extremo de que, pudiendo haber medrado en puestos oficiales, pues ocasiones le sobraron para ello, nunca quiso servir de palanquín á caciques más ó menos poderosos, por no manchar sus honradas canas con la deshonra de la adulación servil. Llamó ladrones á los que lo eran y le quitaron la plaza de director de la banda municipal. Puso una escuela laica, que fuera de la del Puerto, era la única que había en Gran Canaria, y empezó la persecución clerical, ya molestándole indirectamente, ya restándole alumnos con el caritativo objeto de sitiarle por hambre y verle humillar su honrada frente.

Días antes de morir le decía á uno de sus familiares: «Cuidado con lo que haces conmigo, no vaya á pasar lo que con Morote»; y efectivamente, empezaron las sotas en el trabajo de zapa; pero no contaban con que, si tenaces son ellos, tenaz era nuestro apreciado amigo, y cuando en una de las tentativas llegó el teniente cura de la parroquia á la alcoba, le dijo con la serenidad propia del que tiene la conciencia tan limpia como él: «Amigo mío, puede retirarse cuando guste como sacerdote; les conozco y se lo que dan de sí; soy más viejo que usted, sé más que usted y fui cura antes que usted (fué seminarista);

como particular está usted en su casa.» En vista de que por la confesión no iba y temiendo perder los veinte y pico de duros que esperaban de entierro, funeral y otros lujos, empezaron á trabajar la partida; pero ¡oh decepción! ni aun eso; quería que le enterraran donde fuera, pero sin curas. En vista de que no había remedio y de que si el ejemplo cunde se va una rentita regular, el benemérito párroco se ofreció para hacerle el entierro gratis, á lo que contestó con muy buen sentido la familia, que ni con propina; por lo que se enterró civilmente, siendo este el primer entierro civil que aquí se celebra.

Dispense la molestia si no cree de interés la publicación de la noticia anterior y mande á su seguro servidor y correligionario,

FRANCISCO IZQUIERDO
Llanos de Teide 17 Agosto de 1918.

Dos sacramentos en quiebra

Tomen las Estadísticas para sus estudios de intereses bajos y terrenales las gentes de poca fe, que yo sólo me ocupo de las cosas espirituales.

Acabo de leer las cuentas que el *Journal Officiel* de París publica sobre la población de Europa.

Según estas cuentas, desde el año 1902 á 1911, en España ha disminuido la natalidad en 19 900 nacimientos por año y en 24 741 los matrimonios.

Y esto es un dolor; pensar que en el bendito suelo de España hay 45.000 sacramentos de menos cada año... sólo por este concepto, de matrimonio y bautizo, parte los corazones. ¡Cuánta disminución de la gracia de Dios sobre nuestro suelo!

Pues si fuéramos á contar las comuniones y confesiones que habrían hecho en vida esos nacidos sin nacer; los frailes y monjas que de ellos habrían salido; los requetés y congregantes; en fin, los devotos de milagros y milagrerías, el quebranto para la santa causa es como el cuento de las gallinas.

Y para el clero ¡cuántas propinas perdidas! ¡cuántas misas de menos! ¡cuántas bulas! ¡cuántas bendiciones papales!...

¡Dos sacramentos en quiebra! ¡Y de los más productivos!

¡Pobres curas! ¡Infelices amas, desventurados sobrinos!

A este paso, van á pasar hambre como los que trabajan.

Tengo deseos de verlo, para conformarme con la santa voluntad de Dios.

LIBRO NUEVO

Poesías festivas

de
renombrados autores

PRECIO: UNA PESETA

La celda núm. 7

Precio: DOS pesetas

La hechicería ante la Inquisición

En Alemania el odio entre católicos y protestantes motivó numerosas acusaciones de hechicería contra estos últimos, sin otro fundamento muchas veces que la enemistad personal ó política. En Bamberg y Wurzburg, donde predominaban los jesuitas, eran más frecuentes los casos de hechicería, y los dignos hijos de Loyola mostraron su astuta labor en aquellas sangrientas tragedias, entre cuyas víctimas se contaron niños de edad temprana (1).

Sobre este asunto dice Wright:

«El crimen de muchos de los sentenciados á la hoguera en Alemania por inculpação de hechicería, durante la primera mitad del siglo XVII, no fué otro que su adhesión á las doctrinas de Lutero... Los príncipes alemanes aprovechaban cualquier pretexto para procesar á gente rica, cuyos bienes confiscaban en personal provecho... Los obispos de Bamberg y Wurzburg eran al propio tiempo soberanos temporales de sus diócesis. El de Bamberg, llamado Juan Jorge II, después de infructuosas tentativas para desarraigar el luteranismo, deshonoró su reinado con una serie de sangrientos procesos por hechicería, de cuya sustanciación estuvo encargado el vicario general y canceller Federico Forner (2). Entre los años 1625 y 1630 los tribunales de Bamberg y Zeit vieron unos novecientos procesos, y según las estadísticas oficiales, en la sola ciudad de Wurzburg murieron en la hoguera seiscientas personas acusadas de hechicería.

Había entre los hechiceros niñas de siete á diez años, de las que *veintisiete* murieron en la hoguera. Tantos fueron los reos y tan escasa consideración merecían al tribunal, que en vez de por sus nombres los designaban por números. Los jesuitas recibían en secreto las declaraciones de los acusados (3).

En la *Biblioteca Mágica* de Hauber figura un catálogo de 162 reos que sufrieron la pena de muerte en hoguera en veintinueve grupos ó autos, según se relata á continuación, aunque citando tan solo las víctimas más notables de cada quema; conviene á saber:

- 1.º Viuda del anciano Ancker.
- Las respectivas esposas de Liebler, Gutbrodt y Hücker.
- 2.º Dos extranjeras desconocidas.
- La esposa de Beutler
- 3.º El trovador Tengersleber.
- Cuatro esposas de ciudadanos.
- 4.º Un extranjero.
- 5.º Lutz, comerciante de nota.
- La esposa del senador Baunach
- 6.º La mujer de un sastre apodado *El rico*.
- Un extranjero.

(1) Para más pormenores sobre las secretas maquinaciones de que resultaron aquella infinidad de asesinatos jurídicos perpetrados por un clero que fingía creer en el diablo para que las gentes creyeran en él, puede consultarse la obra del doctor W. G. Soldan de Stuttgart, titulada *Geschichte der Hexenprozesse aus den Quellen dargestellt*, Stuttgart, 1813. Es el más completo tratado de hechicería del siglo XVI y su fama fué en Alemania tan grande como la de la *Demonomania* de Bodin en Francia.

(2) Autor del tratado contra herejes y hechiceros *Panoptia armatura Dei*

(3) Tomás Wright: *Hechicería y Magia*, II, 86.

Una extranjera.
 7.º Una extranjera de doce años.
 Un extranjero.
 Cuatro extranjeros.
 Un juez municipal extranjero.
 8.º El senador Baurach, el más opulento ciudadano de Wurzburg.
 Un extranjero y dos extranjeras.
 9.º Un extranjero.
 Una madre con su hija.
 10 Steinacher, hombre muy rico.
 Un extranjero y una extranjera.
 11 Dos hombres y dos mujeres.
 12 Dos extranjeras.
 13 Una niña de diez años y su hermana, todavía más pequeña.
 14 La madre de las dos niñas precedentes.
 Una joven de veinticuatro años.
 15 Un niño de doce años.
 Una mujer.
 16 Un niño de diez años.
 17 Un niño de once años.
 Una madre con su hija.
 18 Dos niños de doce años.
 La hija del Doctor Junje.
 Una muchacha de quince años.
 Una extranjera.
 19 Un muchacho de diez y otro de doce años.
 20 La señorita Göbel, la joven más hermosa de Wurzburg.
 Dos muchachos de doce años.
 La hija menor de Stepper.
 21 Un muchacho de catorce años.
 El hijo menor del senador Stolzemberger.
 Dos colegiales.
 22 El rico tonelero Stürman.
 Un muchacho extranjero.
 23 Un hijo de David Croten, de nueve años.
 Dos hijos del cocinero del príncipe, uno de catorce y otro de diez años.
 24 Dos muchachos de hospital.
 Un rico tonelero.
 25 Un muchacho extranjero.
 26 El senador Weydenbush.
 La hija menor de Valkenberger.
 El hijo menor del alcalde de la ciudad.
 27 Una mujer y dos niños.
 28 La hija menor del Dr. Schütz.
 Una niña ciega.
 29 Una rica y noble señora.
 Un doctor en teología.
 En resumen:
 Extranjeros (nombre dado á los protestantes) 28
 Hombres y mujeres de clase acomodada 100
 Muchachos, muchachas y criaturas 34
 En diecinueve meses murieron en la hoguera 162

Sobre las quemas efectuadas por aquel tiempo en Alemania en la persona de muchos miles de reos, dice Draper 'que «las familias de los reos quedaban en la miseria». Llorente, en su *Historia de la Inquisición*, calcula que en un período de ochenta años perecieron en la hoguera 10.220 víctimas, aparte de 6.860 quemadas en efígie y de 97.321 sentenciados á penas menores. Con indecible repugnancia é indignación supimos que el gobierno pontificio recaudó gruesas cantidades de la venta de dispensas para que á quien las comprase no le molestara la Inquisición.

De la obra *Isis sin Velo*, de H. P. Blavatsky, tomo III, páginas 63, 64 y 65.

Paraíso perdido

Cuando mi amigo Adán quedó solo, á la muerte de sus padres, unas piadosas almas le aconsejaron que tomase estado, y el buen hombre se unió á Eva. Era esta una mujer joven, inexperta, impresionable, agraciada y, al parecer, de buenos sentimientos. Los primeros años fueron felices y abundantes en frutos de bendición; pero poco después ya iba introduciéndose en aquel lugar la serpiente malvada en figura de fraile. Al principio el reptil operó desde lejos, arrastrándose con cautela y ofreciendo á la social mujer la perspectiva de mayores y soñados bienes. Luego fuéle insinuando con toda malicia ideas subversivas de la paz familiar, y, finalmente, llegó á apoderarse de aquella infeliz con ocasión de haber caído el pobre Adán gravemente enfermo.

Eva, que debía todo á su marido, nombre, fortuna, consideración y aprecio, dominada por el fraile maldito destruyó la felicidad de su pequeño Edén.

Ella, que habla jurado de rodillas á los pies de su esposo gratitud eterna, faltó á todas sus promesas, y lo que es más grave é imperdonable todavía, enseñó á los hijos á odiar y aborrecer al padre, temerosa de que éstos algún día llegaran á conocer la verdad entera.

Los pérdidas consejos del astuto fraile lograron todo su malvado efecto: la destrucción de aquel modesto, delicioso hogar. Llegó á tal punto la divergencia de los caracteres, que se produjo una incompatibilidad irremediable. Era lo que se proponía el cauteloso ofidio, guiado por la envidia. No pudiendo ser feliz ni procurarse un hogar propio, hacía desgraciados á los demás y destruía el templo de una familia. Oculto en la sombra iba realizando su plan satánico y odioso. La mujer se hizo, de entonces, cada día más fanática, perdiendo con ello sus pocos atractivos. El hombre, caído la venda de los ojos, contemplaba clara y patente la obra de destrucción llevada á cabo por el agente del clericalismo. Y viendo perdido el paraíso en que soñara, con la felicidad que consiguió á fuerza de cariño y de trabajo, juró dedicar sus restantes energías á la destrucción de la simiente. Y lo cumplió así.

Un día la revolución estalló amenazadora. Harto de oprobios y vileza, el pueblo despertaba á la lucha por la libertad y el progreso. El caduco edificio de acumulados obstáculos tradicionales, atacado con brío, se bamboleaba. Fuese abajo con estrépito todo lo existente.

Y, renovando antiguos hechos, el hierro y el fuego consumieron su obra de regeneración. Fué sensible, pero justificada, la terrible violencia. Expulsados, ó mejor, extirpados para siempre los reptiles de aquella tierra, se hizo imposible ya la pérdida labor de tales seres de maldad incalculable. Pero Eva cayó arrastrada por los enemigos, que no le dieron tiempo para el arrepentimiento, y Adán se vió solo en el mundo, pues los hijos, se-

parados del padre por luengos años, ya no le conocieron. Y aunque fué destruída la serpiente, su obra quedó en pie todavía, y perdido para siempre el Paraíso.

Es este un cuentecillo que pica en historia. Me lo refirió el propio interesado y todos sus pormenores son completamente verídicos.

Sustituídos los nombres de Adán y Eva por otros que fácilmente conocería el lector, quedaba descifrado todo el enigma. Casos como el de referencia abundan por desgracia en nuestra vida ciudadana. Una estadística de las familias desdichadas por causa del infame clericalismo sería muy instructiva y elocuente. Tamaña empresa está reservada á la paciencia, erudición y dominio del asunto que reúnen en el hombre de tantos méritos y servicios como nuestro *Fray Gerundio*, sea dicho con perdón de su modestia.

Yo sólo ofrezco aquí un botoncito de muestra. El podrá daros, cuando sea oportuno, toda la botonadura.

JUSTO LIBERAL

El Diluvio.

Pensamientos postumos

—«Los milagros tienen necesidad de que los ayuden á nacer.

—Todo lo que damos á la Religión, se lo robamos á la Patria.

—Los grandes hombres de la historia han sido rara vez hombres de talento.

Los moderados son los impotentes de la historia.

—He esculpido mi vida como se esculpe una obra de arte. La amo. La romperé como una copa.

—No tengo sino pensamientos abstractos.

—Mientras más literarios somos, más naturales debemos ser.

—Corazón contrito vale más que sacrificio.

—Amamos el país en donde hemos sido pobres.

—Cuando el hombre no es muy malo hay que ser bueno para con él.

—La materia y el espíritu se encuentran en el infinito.

—Toda creencia es un límite.

—La doctrina más inmoral consiste en asegurar que la desgracia es un castigo.»

ERNESTO RENAN

El bohemio

Cuando recorriendo el Universo llegué por vez primera á estos lugares, una ciudad en ellos hormigüeaba... Una ciudad con sus viejas leyes y sus muros, con sus talleres y sus palacios y sus dioses... Y cuando yo, viajero curioso, pregunté desde qué tiempos florecía la soberbia ciudad, un hombre grave, con el orgullo en

la mirada, me dijo: «Esta es mi patria. Siempre existió.»

Cinco mil años transcurrieron. He vuelto á pasar por allá.

Muros, palacios, templos, dioses, todo había desaparecido. ¡Nada quedaba! Sobre los tallos húmedos y verdosos, sobre el tupido césped encendía rubies el sol... Tan sólo un viejo pastor con su tosco ropaje se vislumbraba en la llanura. Quise saber desde cuando—en tiempo tan corto—pacían los rebaños en aquel prado tan nuevo... Mas con aire burlón el viejo pastor me dijo: «Desde siempre.»

Cinco mil años transcurrieron. He vuelto á pasar por allá.

De la llanura, una selva, un bosque tenebroso había surgido. Las lianas como montón de retorcidas serpientes entrelazadas, colgaban bajo abiertos arcos... Y como grandes mástiles se destacaban sobre aquel océano de hojas los troncos de los árboles gigantes. A un cazador perdido en esta verde oleada, «¿Desde qué época—pregunto—es esto una selva?» —«¡Ah—me dice—estas encinas son tan viejas como el Universo!»

Cinco mil años transcurrieron. He vuelto á pasar por allá.

El mar, el vasto mar con su verde manto hubo de sepultar bosques y lianas... Y una lancha de pescador, una sola y diminuta lancha, durante la brisa de la tarde balanceaba sus palos sobre las olas. Y dije al pescador: «¿Tú sabrás desde cuándo la marea cubre de este modo la tierra?» —«¿Te burlas?»—me contesta. Y después añade:—«¡Pues si na la ha variado desde que la mar es mar!»

Cinco mil años transcurrieron. He vuelto á pasar por allá.

En igual de las olas salpicadas de plata, otras olas se extendían hasta lo infinito... otras olas en cuyas crestas deslumbraba el oro. ¡Allí estaba el desierto! Ni un árbol á lo lejos... Arena allá y aquí... la arena siempre. Y cuando interrogué sobre este nuevo aspecto, el mercader que cargaba sus camellos, «Desde el día—me dijo—en el que se manifestó el ser por vez primera, este desierto, eterno como nosotros, existe.»

Cinco mil años transcurrieron. He vuelto á pasar por allá.

Y he aquí, que de nuevo una ciudad aparece... Una ciudad con sus viejas leyes y sus muros, con sus talleres y sus palacios y sus dioses... Y una nueva muchedumbre. Entonces digo en alta voz al montón aquel de orgullosos: «¿Dónde están ahora las olas verdes y las rojas, dónde están las olas azules y dónde la ciudad de otro tiempo?» Y cuando uno de sus moradores exclama: «Nuestra ciu-

dad está, estará y estuvo siempre en estos lugares», cruzo con mi carcajada su rostro, su rostro de Aria.

Transcurrirá lo que transcurra. Yo pasaré de nuevo por allá.

JUAN DE RICHPIN

El miedo á la justicia

«Ocurre una cosa bastante curiosa, pero absolutamente cierta; los que administran justicia ó sus auxiliares, son ciertamente los que le tienen más miedo.

Se dice que los augures no podían mirarse sin reírse. Cuando dos augures de la justicia ó de la policía se miran en el despacho de un juez de instrucción, hay siempre uno de ellos que pone la cara larga.

¿Es que la práctica de las cosas judiciales les enseña que no siempre basta ser inocente para ser absuelto? ¿Es que el abuso que han visto hacer ó que ellos mismos han hecho de la autoridad, arrastrados por la fuerza de las circunstancias, les hace temer que este abuso se vuelva contra ellos?»

Estos párrafos de las Memorias de Gorón, célebre exjefe de Policía en París, dan tan perfecta idea de cómo cumplen su alta misión algunos de los encargados de administrar justicia, que justifica el miedo que á los hombres honrados inspiran.

Y si esto se dice con relación á Francia, donde suele ir algún ministro á presidio ¿qué no podríamos decir aquí, donde los poderosos resultan siempre impecables?

Lo mejor, por supuesto, es no tener que ponerse al habla con los encargados de administrar justicia; pero en el caso de no poder evitarlo, conviene no confiar mucho en la propia inocencia, ya que los encargados de aplicar la ley son los primeros en no creer la suya suficiente garantía para salir absueltos.

Cuestión de huevos

Austria y Hungría exportan 150.000 toneladas de huevos anualmente; Rusia, 120.000. Italia, sobre 30.000; Dinamarca, 20.000; Bulgaria, 12.000 y Turquía, 4.000.

España no figura con huevos en la exportación.

Los alemanes consumen por término medio 127 huevos por individuo y año, los franceses, 118; los ingleses, 97, los holandeses, 91 y los belgas 84.

En España andamos peor. No sé á cuántos huevos saldremos cada español, por que ignoro si hay aquí quien se entretenga en hacer tal estadística; pero quizás aquí no salgamos á uno por barba.

En esto, como en otras muchas cosas, hemos venido muy á menos: antes había en la patria del Cid muchos más huevos.

Y el caso es que gallinas no faltan entre nosotros. Por esto no entiendo como no tenemos más huevos.

Los peregrinos

POR
ROBERTO ROBERT

ciones de que eran víctimas los peregrinos al visitar la Ciudad Santa.

Siendo así, no sería de admirar que sólo en el ejército de Godofredo se contasen hasta 600.000 peregrinos de todas jerarquías.

Y nótese, á mayor abundamiento, que un peregrino fué el que dió el primer grito para que fuese rescatado de manos de los infieles el sepulcro de Cristo.

Verdad es que no fué este el único motivo; porque al fin y al cabo, que los infieles hubiesen dado muerte á cien peregrinos más ó menos al año, no era ninguna cosa que no pudiera sufrirse; pero es que su infidelidad llegó al extremo de entrar en los santuarios con las armas en la mano y arrebatar de allí las ofrendas que habían depositado los peregrinos ricos.

Y entonces dijo la Iglesia: esto ya es hacer burla. Que se llevasen las reliquias menos mal, porque quizás ellas obrarían el milagro de convertirlos; pero llevarse el dinero, que todavía les haría más ricos y soberbios, eso poco á poco.

La lástima fué que con la seguridad de los caminos que iban siendo muy frecuentados, comenzaron á animarse los mercaderes para recorrer el mundo en compañía de las piadosas caravanas, y donde quiera que había grande aglomeración de piadosos viajeros, se ostentaban á su vista productos de todas partes: joyas, telas, dijes, utensilios; y á veces el oro destinado á hermosear una sacristía, se empleaba en un objeto de comodidad doméstica, en un libro, en un medicamento...

Pero no hablemos de cosas tristes.

Recordemos lo que dice un escritor católico; repitamos con él:

«Los devotos acudían en peregrinación á venerar sagradas reliquias. Los francos peregrinaban á Tours, al sepulcro de San Martín, cuya capa servía de adorno á los reyes y de bandera á los ejércitos; los españoles reverenciaban á Santiago en Galicia acudían piadosamente los longobardos al monte Gargano, santificado por la aparición del arcángel San Miguel; los italianos al monte Casino, para venerar el sepulcro de San Benito, y todos los fieles á Roma, al sepulcro de los santos apóstoles.»

Y ya desde el siglo VIII, algunos creyentes, de vuelta de su peregrinación, fundaban hospicios y monasterios.

Por cierto que el citado autor menciona al sacerdote Romualdo, que peregrinó con su mujer en 725, y á la vuelta fundó un hospital en Luca.

Muchos eran los peregrinos voluntarios; pero también á muchos se les imponía por sus pecados la obligación de peregrinar.

A un arzobispo de Milán que traficaba con las dignidades eclesiásticas y vendía por dinero pies cuadrados de paraíso, se le condenó á ir en peregrinación á Santiago de Galicia y á Jerusalén.

De paso, es oportuno decir que á ese arzobispo se le condenó también á ayunar á pan y agua dos días cada semana y tres ca la Pascua durante cien años; mas el Pontífice, queriendo templar el rigor de la pena, le permitió rescatarla por dinero.

Los que eran condenados á peregrinar, iban á veces apenas cubiertas las carnes y arrastrando cadenas de hierro.

En una leyenda piadosa escrita en el año 973, se habla de un hombre mundano que por penitencia de sus pecados se despojó de toda clase de armas y emprendió descalzo el camino de Jerusalén. Hizo voto de no pasar dos noches en un mismo pueblo, de no cortarse el pelo ni las uñas, de no tomar ningún baño caliente, ni comer carne ni beber más que agua.

Imagínese el lector qué contento deberían experimentar los espíritus celestiales al ver á aquel hombre que se dejaba crecer el pelo y las uñas y en vez de comer carnero comía truchas. ¡Qué júbilo para la sociedad! ¡Qué beneficio para los desvalidos!

¡Ah, ya no se ven esas cosas en el día!

Pero en materia de peregrinaciones impuestas, ninguna como la de los hermanos Frotmundo en tiempo de Lotario.

Estos hermanos, eran piadosos, como lo era la generalidad de los hombres en aquellos tiempos.

A la muerte de su padre, hubo en la familia un ligero altercado con respecto á la partición de la herencia, y del altercado resultó que un tío de los chicos, que era sacerdote y el menor de los hermanos, pereció acuchillado.

Frotmundo, el principal matador, se arrepiente de su crimen y se presenta al rey para que le diga qué penitencia debe hacer.

Si Frotmundo hubiese sido un cualquiera, es posible, casi seguro, que se le habrían sacado los ojos, se le habría cortado la mano, se le habría ahorcado, se le habría tal vez cocido en caldera... en fin, esas cosas que solían hacerse.

Pero como Frotmundo era una persona decente, un hombre de privilegio *e de grand guisa*, el rey no se atrevió á decidir por sí mismo.

Además, el haber dado muerte á un eclesiástico era bastante para que debieran ser eclesiásticos los que impusieran la pena, y no eclesiástiquillos de patulea, sino gordos, gordos.

En efecto, el rey Lotario reunió á los obispos y les propuso el caso.

Los obispos se pusieron de acuerdo con el Espíritu Santo, y entre todos acordaron lo siguiente, que se verificó al pie de la letra:

Cúbranse de ceniza las cabezas de los culpables; ciñaseles el cilicio; átenseles los brazos y la cintura con cadenas de hierro, y vayan á pie á Jerusalén.

Y ya digo, así se hizo.

Como llegaron á Roma, no lo dice la crónica; pero dice que llegaron y se presentaron al Papa Benedicto III.

El Papa no les quitó, antes les dió. No les quitó las cadenas, el cilicio ni la ceniza; pero les dió una carta para el patriarca de Jerusalén.

En Jerusalén fueron asombro, lástima, escarmiento de los fieles, y allí permanecieron mucho tiempo derramando abundantes lágrimas, y la Historia no dice que ni una sola vez se preguntaran ni á sí mismos para qué servía el estropearse de aquel modo ni á quién aprovechaban su ocio y sus magulladuras.

Lo que dice la Historia es que salieron de Jerusalén, visitaron las ermitas en Egipto, visitaron el sepulcro de San Cipriano en Cartago, y al cabo de cuatro años volvieron á entrar en Roma.

Iban pálidos, extenuados, llagados de todo el cuerpo, agoviados bajo el peso de los hierros, llenos de lágrimas los ojos, siendo raro espectáculo de horror y de lástima.

La gente del pueblo les seguía; los hombres ofreciéndoles pan, vino, queriéndoles aliviar del peso de las cadenas, queriendo curar sus llagas; las mujeres llamándoles «hijos míos» exhalando ayes y lamentos de viva lástima, y alguna más humana les secó las lágrimas, no sin derramar con abundancia lágrimas suyas.

Así llegaron los peregrinos á vista del Pontífice, que se admiró de que tan pronto diesen por terminada la penitencia, y les ordenó emprender otra vez la peregrinación.

Aquellos hombres debían recorrer el mundo para que supieran los de más hombres cómo se castigaba la muerte de un sacerdote.

Volvieron, pues, á cruzar el mar sagrado, volvieron á Jerusalén para que escarmentaran en ellos los que no les habían visto cuando su primera estancia; visitaron á Canaán en Galilea y treparon á la cumbre del monte Ararat.

El hermano tenía siempre á la vista el dolor del hermano, y procuraba ocultar el suyo propio; el desfallecido no hallaba socorro en el que estaba próximo á desfallecer también. El dolor del arrepentimiento les turbaba el sueño, y al despertar, cada uno vela en sus compañeros

(Continuad.)

IMPRENTA: LIBERTAD, 31.—MADRID